

El secreto de la victoria

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - El libro de los Jueces	4
1.1 - El carácter de las victorias	5
1.2 - El secreto de la libertad cristiana	6
1.3 - Una particularidad notable de la historia de Israel	7
1.4 - Custodiar la fortaleza	8
 2 - La victoria sobre el mundo	 10
2.1 - Mesopotamia: imagen del mundo opuesto a Dios	10
2.2 - ¿Qué es el mundo?	10
2.3 - Las 3 grandes características del mundo	11
2.4 - El llamado <i>de Abram a salir de Mesopotamia</i>	11
2.5 - El rey de Mesopotamia	13
2.6 - El libertador	13
2.7 - La tierra del sur	13
2.8 - Cómo disfrutar de esta heredad	14
2.9 - Los recursos del mundo	15
2.10 - El don de Jehová: las fuentes de arriba y las fuentes de abajo	15
2.11 - Nuestro ejemplo por excelencia	16
 3 - La victoria sobre la carne	 19
3.1 - Moab	19
3.2 - ¿Qué es la carne?	20
3.3 - Los moabitas, imagen impactante de la carne	21
3.4 - “Para él solo”	21
3.5 - La carne no tiene ningún derecho sobre el cristiano	22
3.6 - Todos nuestros esfuerzos por someter a la carne son vanos	23
3.7 - ¿Cómo se obtiene la victoria?	23
3.8 - Las piedras de Gilgal	24
3.9 - Las 12 piedras	25
3.10 - La circuncisión	26
3.11 - La muerte de Eglón	29
3.12 - Estar ocupado de sí mismo no es sinónimo de juicio de sí mismo	29
3.13 - Felices resultados	30
3.14 - Y el país descansó durante 80 años	31
3.15 - Pesemos bien las cosas	31
3.16 - La victoria final	32

4 - La victoria sobre el diablo	32
4.1 - Los cananeos	32
4.2 - ¿Cómo obra Satanás?	34
4.3 - ¿Cómo fue vencido el poder de Satanás?	35
4.4 - Barac «de Cedes»	39
4.5 - ¿Cómo vencer?	39
4.6 - La luz: vencedores del diablo por la Palabra de Dios	40
4.7 - La actividad: vencedores del diablo por la acción de la gracia divina	41
4.8 - El sacrificio voluntario: vencedores de Satanás mediante el «sacrificio» de nosotros mismos	45
5 - La victoria sobre las cosas terrenales	47
5.1 - Madián	47
5.2 - ¿Cómo vencer las cosas terrenales?	48
5.3 - ¿Cómo trataron los madianitas a Israel?	49
5.4 - El primer paso hacia la liberación	51
5.5 - Reconocer los derechos de Dios	53
5.6 - Una necesidad absoluta	54
5.7 - El pueblo puesto a prueba	56
5.8 - Un uso adecuado de las bendiciones divinas	56
5.9 - Las municiones para la guerra	57
5.10 - El grito de guerra de Pablo	58
5.11 - El testimonio del Señor	58
5.12 - Las jarras y las antorchas	59
5.13 - Una advertencia	60
6 - La religión de la carne	61
6.1 - Los filisteos	61
6.2 - ¿Cómo vencer la religión de la carne?	61
6.3 - Un rasgo notable	62
6.4 - Los 5 príncipes de los filisteos	63
6.5 - La liberación de Israel	65
6.6 - Una cualidad esencial	66
6.7 - El Señor Jesús, nuestro ejemplo perfecto	68
6.8 - El nazareo, la fuerza de Sansón	69
6.9 - La miel estaba en su mano (v. 9)	69
6.10 - La intención de los filisteos	71
6.11 - El lugar del poder	71

6.12 - ¿Cómo mantener una vida victoriosa?	72
6.13 - La pérdida del nazareo	73
6.14 - Una recuperación espectacular	76
6.15 - Liberados y consagrados	77
6.16 - Sin rey en Israel	78
6.17 - Una «herencia para habitar en ella»	79
6.18 - Un gran contraste	79
6.19 - Noemí y Mara	80
6.20 - Seguir al Señor: el resultado	81
6.21 - El dolor de Noemí y sus consecuencias	82
6.21.1 - La Iglesia	82
6.21.2 - La adoración para el Padre	83
6.21.3 - La gloria real para Cristo	84

Prefacio

Un día presencié en Escocia un espectáculo conmovedor. Una gran águila se encontraba en una jaula de acero macizo. El sol, que brillaba radiante en el cielo, parecía invitarla a elevarse de la tierra para reunirse con su elemento natural. El ave real, en respuesta a la llamada, fijó sus ojos en el sol, extendió sus poderosas alas y se inclinó sobre sí misma para emprender el vuelo. Pero de repente, al darse cuenta de los barrotes de hierro que la mantenían prisionera, dejó caer sus alas y bajó la cabeza con evidente decepción y vergüenza.

Me puse a observar a esa ave cautiva, en aquella hermosa tarde de verano, con creciente interés. En varias ocasiones, la luz brilló en sus ojos mientras se enfrentaba al sol y levantaba las alas, en un vano intento por alzar el vuelo y elevarse en el aire; y cada vez sus alas caían y él bajaba la cabeza. Era la imagen más impactante que jamás había visto de desánimo y fracaso. Si yo fuera artista y quisiera pintar una imagen de la derrota, esa gran ave sería mi modelo. Tenía el deseo de libertad, el brillo de sus ojos lo mostraba claramente; tenía el poder para ello, sus alas desplegadas lo mostraban con igual claridad. Y, sin embargo, la jaula lo mantenía prisionero, a pesar de su voluntad y su vigor.

Esa ave cautiva me hizo pensar en esos cristianos, lamentablemente tan numerosos, que desean apropiarse de las realidades celestiales, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios (Col. 3:1). Les pertenecen porque Dios se las ha dado libremente; han recibido la naturaleza divina, ya que, de lo contrario, no serían cristianos. También tienen la fuerza para elevarse en pensamiento y amor hasta donde se encuentra su verdadera vida, porque el Espíritu Santo habita en ellos. Sin embargo, no disfrutaban en absoluto de estas bendiciones. Algunos de ellos quizá las disfrutaron en otro tiempo, pero ya no, porque están prisioneros de la tierra. Cuando deberían ser libres, están enjaulados.

Estos creyentes cautivos no son felices. Vislumbran fugazmente la gloria que brilla en el rostro de Jesús, y sus corazones se conmueven; entonces anhelan ser liberados, pero son suspiros, y no cánticos, los que brotan de sus corazones entristecidos. Aunque lo ocultan a los demás, se confiesan a sí mismos su completa esclavitud. A veces, se dan vueltas en la cama con remordimientos, gemidos y oraciones, pero se dan cuenta de que sus resoluciones son vanas. Las trampas con las que el diablo los ha atraído se han convertido en una jaula en la que los retiene, y desesperan de volver a experimentar algún día el gozo que acompaña a la libertad cristiana.

Es un hecho cierto y plenamente demostrado que las realidades mundanas y carna-

les nunca han podido aportar satisfacción ni beneficio alguno a un cristiano. Solo generan conflictos en su alma y amargos remordimientos en su corazón; hacen infeliz al creyente, prisionero de las cosas que ha querido saborear. Pero entonces, dirán ustedes, ¿no hay ningún camino hacia la liberación? ¿El cautivo nunca volverá a ser vencedor? Respondemos que, afortunadamente, hay esperanza, porque el Señor es misericordioso y existe un camino hacia la liberación para aquellos que son conscientes de su estado. Las ardientes resoluciones ineficaces dan testimonio de que la vida del alma no ha sido completamente sofocada. Demuestran que tenemos un fiel Abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo, que es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan 2:1). También dan testimonio de la fiel presencia del Espíritu Santo en el alma; en efecto, es él quien produce estos ejercicios interiores, de modo que el suspiro del prisionero se eleva hacia Dios.

Por las razones mencionadas anteriormente, y porque la voluntad de Dios para sus hijos es que sean libres de todo yugo de servidumbre, abordaremos un libro del Antiguo Testamento, el de los Jueces, para aprender cómo obtener la victoria. Necesitamos toda la Biblia. Descuidar incluso una sola parte es una pérdida segura. El Antiguo Testamento es tan necesario como el Nuevo, porque el Nuevo nos dice que todas las cosas que fueron escritas en el Antiguo fueron escritas «para advertirnos» (1 Cor. 10:11) y «para nuestra enseñanza» (Rom. 15:4).

Se dice que la pepita de oro más grande que jamás hayan producido los yacimientos de California fue descubierta en una concesión que se suponía agotada. Algunos consideran que la Biblia es un libro agotado, válido para tiempos pasados, pero ahora obsoleto y sin valor práctico. La han abandonado para ir a explorar otros terrenos, que no producen oro. Pero sabemos que es una fuente inagotable de riquezas, porque es la *Palabra del Dios Vivo*.

NdE: Escrito hacia 1920

1 - El libro de los Jueces

Este libro es la continuación del de Josué y tiene su lugar en las Escrituras, ya que «toda la Escritura está inspirada por Dios... a fin de que el hombre de Dios sea apto y equipado para toda buena obra» (2 Tim. 3:16-17). Presenta, como telón de fondo, el sombrío panorama de los abandonos y las derrotas de Israel, que en realidad constituyen solemnes advertencias para todos nosotros. En efecto, corremos el peligro

de ser vencidos y esclavizados por enemigos tan reales como los que en otro tiempo sometieron al pueblo de Dios. Pero este sombrío trasfondo no hace más que resaltar brillantemente las grandes victorias obtenidas por hombres cuya fe estaba en Dios. Estas son un ejemplo de cómo nosotros también, por la gracia de Dios, podemos obtener la victoria.

Los enemigos de los que nos ocuparemos son:

- Los mesopotámicos: *El mundo*
- Los moabitas: *La carne*
- Los cananeos: *El diablo*
- Los madianitas: *Las cosas terrenales*
- Los filisteos: *La religión de la carne*

Es en este orden en que nos están presentados en la Palabra, y así los consideraremos, con la ferviente oración de que todos seamos «más que vencedores, por medio de aquel que nos amó» ([Rom. 8:37](#)).

No tendremos ninguna dificultad en demostrar que las naciones que oprimieron a Israel representan a nuestros enemigos, como ya se ha mencionado: de hecho, tienen características evidentes. Del mismo modo, nadie discutirá el hecho de que muchos cristianos se encuentran bajo el poder de uno o varios de estos enemigos y que su necesidad actual más acuciante es ser liberados de ellos.

1.1 - El carácter de las victorias

Las victorias obtenidas por los jueces no fueron de carácter ofensivo; no se trataba de conquistas. Los enemigos buscaban arrebatarnos sus privilegios de nación libre y confiscarnos la herencia que Dios les había legado. Por lo tanto, todas las batallas libradas por estos líderes en Israel tendían a mantener la existencia de Israel como nación, a salvaguardar lo que le pertenecía para que pudiera disfrutarlo.

El propósito de Dios era que este pueblo fuera siempre victorioso. Cuando los israelitas cruzaron el Jordán, él estaba con ellos, él y todos los recursos de su poder. Si hubieran seguido sometiéndose a él, ninguna de las naciones enemigas habría podido esclavizarlos. Pero se apartaron de él y tuvieron que cosechar los frutos amargos

de su desobediencia. Siguieron a los dioses de las naciones, imitaron sus pecados y se convirtieron en esclavos de lo que habían perseguido.

El mismo Dios que en el pasado sometió a los egipcios y dio la tierra prometida a Israel, también nos liberó a nosotros y nos dio una herencia incorruptible, sin mancha e inalterable (1 Pe. 1:4). Esto es lo que proclama el Evangelio. Todos los que lo han recibido pueden, por tanto, regocijarse en un gran Salvador, un Salvador que con su muerte ha dejado sin poder al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, y ha liberado a todos los que, por el temor de la muerte, estaban sometidos a esclavitud durante toda su vida (Hebr. 2:14-15). Si se ha llevado a cabo esta liberación del poder del diablo, es para que podamos tomar posesión y disfrutar de las inmensas riquezas que se nos han dado en Cristo y con Él.

Se nos exhorta a permanecer firmes en la libertad en la que hemos sido colocados, porque el peligro de dejarnos esclavizar por algún yugo de servidumbre siempre está presente. Cuando fallamos en esto, y nuestro corazón persigue las cosas del mundo y de la carne, volvemos a ser esclavos. Nuestro servicio y nuestro testimonio se ven comprometidos y obstaculizados; nos volvemos miserables con nosotros mismos e incapaces de ayudar a los demás.

Si, por el contrario, nos mantenemos firmes en la libertad que Dios nos concede, con una mirada sencilla y un corazón sin dividir, seremos capaces de responder al alto destino que nos corresponde como testigos de Cristo. Incluso podremos ganar terreno para él; en efecto, cada alma salvada por nuestro testimonio es como una nueva parcela de terreno arrebatada al enemigo; a partir de ese momento forma parte del reino del Señor y es para su gloria.

1.2 - El secreto de la libertad cristiana

El Evangelio nos ha liberado del yugo del pecado y de Satanás, para que podamos «ofrecernos... a Dios» (Rom. 6:13). Este es el secreto de una vida feliz en la libertad cristiana. De hecho, es al inclinar el cuello bajo el yugo de Dios que seremos liberados de todos los demás. Su yugo no es pesado; al contrario, es «suave» (Mat. 11:30), porque al entregarnos a Dios, nos entregamos a Aquel cuyo amor infinito nos ha sido manifestado en la muerte de Jesús. La sangre que nos trae la redención es para nosotros la prueba y la garantía de un amor incomprensible. Y el conocimiento de este amor nos impulsa a no vivir para nosotros mismos, sino para Aquel que es su fuente (2 Cor. 5:15).

1.3 - Una particularidad notable de la historia de Israel

En [1 Reyes 6](#) se especifica que transcurrieron 480 años entre la liberación de Egipto y la construcción del templo de Salomón. Pero según el discurso de Pablo a los judíos en [Hechos 13](#), en realidad fueron 573 años, lo que supone una diferencia de 93 años entre los 2 relatos.

¿Cómo puede este libro ser de origen divino, cuando contiene una discrepancia tan flagrante? Criticará con desprecio el incrédulo, ¡una divergencia que la atención humana más elemental podría haber evitado!

Pero si el incrédulo, en su ceguera, tropieza con tal hecho, este último está lleno de instrucciones para aquellos que desean estar enseñados por Dios. Así, lo que parece ser un error, encierra una lección solemne.

La construcción del templo de Salomón formaba parte del pro pósito de Dios para su pueblo. Él lo había redimido para que se le dedicara por completo y le preparara una morada ([Éx. 15:2](#)). Pero durante los 93 años en que los israelitas sirvieron a los enemigos de Dios y a los suyos, no vivieron para Él, no siguieron Sus planes para ellos y, por lo tanto, ¡Dios no pudo reconocer esos tristes años en su calendario!

En el capítulo 13 de Hechos, el apóstol Pablo insiste en que Cristo era la única esperanza del pueblo. Demuestra a sus oyentes que todos, excepto Él, habían fallado. Incluso David, el más grande de sus liberadores y objeto de su orgullo, había muerto y su cuerpo había sufrido la corrupción. Era el período de la responsabilidad del hombre: durante este, se tienen en cuenta los años de fracaso, para que el Cristo resucitado, en su perfección y victoria sobre todos los enemigos, aparezca en bendito contraste con todo lo que había sucedido antes de Él.

Los 93 años que Dios no contabiliza, desde el punto de vista de su propósito para el pueblo, parecen distribuirse de la siguiente manera:

- 8 años bajo Mesopotamia (3:8)
- 18 años bajo Moab (3:14)
- 20 años bajo Canaán (4:3)
- 7 años bajo Madián (6:1)
- 40 años bajo Filistea (13:1).

Además de estos años, tenemos un período de opresión por parte de los amorreos

durante 18 años (10:8); pero aquí se especifica claramente que tuvo lugar únicamente al otro lado del Jordán (es decir, no realmente en la tierra prometida), por lo que este período no se incluye en el cálculo.

Si esta es la verdadera explicación de esta aparente discrepancia (y creemos que así es), ¡qué importante lección nos enseña! Todos los días y todos los años que no se viven para Dios son días perdidos; y si somos cautivos de nuestros enemigos, no vivimos realmente para Él. Solo cuando nuestras almas están libres de toda esclavitud y le damos a Cristo y a sus intereses el lugar que le corresponde en nuestras vidas, podemos decir que realmente vivimos para él. Todo lo demás es una pérdida.

El tribunal de Cristo, donde se pondrá a prueba la obra de cada uno, manifestará todas las cosas. Entonces veremos que, cada día vivido para el mundo, la carne, el diablo o cualquier otra cosa que no sea Cristo, ¡habrá sido un día perdido! «Si la obra de alguno se consume, él sufrirá pérdida; aunque él mismo será salvo, si bien como a través del fuego» (1 Cor. 3:15).

Prestemos la más seria atención a este tema tan importante, recordando que tenemos pocos días a nuestra disposición. La venida del Señor está cerca; entonces seremos arrebatados por su poder redentor a la felicidad eterna de nuestra Patria. Cuando miremos atrás al camino recorrido, nos veremos obligados a escribir “perdido” en cada día y cada hora en que Cristo no ocupó el primer lugar en nuestras vidas, porque entonces veremos las cosas como Dios las ve.

Por lo tanto, es evidente que la única forma de vida que vale la pena es vivir para él, porque es lo único que perdurará durante la eternidad. El mundo piensa de otra manera, y la carne puede sugerir otras cosas; puede presentar el descuido, la comodidad, el amor al mundo, la reputación, el dinero o los placeres de la carne como más dignos de nuestro interés; pero, en lo más profundo de nuestro corazón, sabemos que hay algo mejor e, instruidos por el Espíritu, vemos claramente que las grandes obras de los hombres se reducirán a la nada, mientras que la obra en el Señor no es vana (1 Cor. 15:58). También sabemos que la tierra y sus obras perecerán; nuestra herencia y las riquezas divinas, por su parte, son preciosas, imperecederas y eternas.

1.4 - Custodiar la fortaleza

Todo hijo de Dios puede librar batalla en el campo enemigo como un buen soldado de Jesucristo; puede seguir con valentía el estandarte del testimonio de nuestro Se-

ñor, pero este aspecto de nuestra vida, que constituye la verdadera lucha cristiana, no es directamente nuestro tema. Solo cuando se obtienen esas victorias podemos manejar la espada de manera ofensiva.

Obtener la victoria sobre el mundo significa estar en guardia contra los enemigos que buscan introducirse en nuestros corazones para hacernos inútiles para el Señor. En una palabra, nos mantenemos puros para Cristo.

Podemos ser conscientes de nuestra debilidad y de nuestra incapacidad para hacer nada por el Salvador que amamos. Pero todos podemos guardarnos solo para él, y entonces todo es posible para quien actúa así. Sin embargo, para ello debemos mantener intacta nuestra línea de comunicación con él.

Cuando un general lleva a sus hombres al ataque contra el enemigo, debe mantenerse en comunicación constante con la base, donde se encuentran sus reservas. De lo contrario, será un hombre derrotado, porque los alimentos, las municiones, los refuerzos y todo lo que necesita se encuentran en la base. El enemigo utilizará todos los medios a su alcance para cortar esa línea de comunicación. Por lo tanto, el general debe mantenerla a toda costa; si es negligente en este aspecto, el valor y el entusiasmo de sus hombres serán en vano.

Del mismo modo, debemos permanecer en contacto con nuestra base si queremos salir victoriosos. El diablo es un enemigo astuto y nos cortará los suministros si puede. De ahí la necesidad de la exhortación a «permanecer unidos al Señor con corazón firme» ([Hec. 11:23](#)), ¡porque todos nuestros recursos se encuentran en él! Él es indispensable para nosotros, pero es plenamente suficiente para nosotros, y nada nos faltará si permanecemos cerca de él.

Nuestra tarea es:

- Entregarnos a Dios ([Rom. 6:13](#)).
- Permanecer unidos al Señor ([Hec. 11:23](#)).
- Caminar según el Espíritu ([Gál. 5:16](#)).

Así seremos más que vencedores por Aquel que nos amó ([Rom. 8:37](#)).

2 - La victoria sobre el mundo

2.1 - Mesopotamia: imagen del mundo opuesto a Dios

«Así los hijos de Israel habitaban entre los cananeos, heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos. Y tomaron de sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses. Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová, y olvidaron a Jehová su Dios, y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera. Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y los vendió en manos de Cusan-risataim rey de Mesopotamia; y sirvieron los hijos de Israel a Cusan-risataim ocho años. Entonces clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró; esto es, a Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb. Y el Espíritu de Jehová vino sobre él, y juzgó a Israel, y salió a batalla, y Jehová entregó en su mano a Cusan-risataim rey de Siria, y prevaleció su mano contra Cusan-risataim. Y reposó la tierra cuarenta años; y murió Otoniel hijo de Cenaz» (Jueces 3:5-11).

«Después los hijos de Judá descendieron para pelear contra el cananeo que habitaba en las montañas, en el Neguev, y en los llanos. Y marchó Judá contra el cananeo que habitaba en Hebrón, la cual se llamaba antes Quiriat-arba; e hirieron a Sesai, a Ahimán y a Talmái. De allí fue a los que habitaban en Debir, que antes se llamaba Quiriat-sefer. Y dijo Caleb: El que atacare a Quiriat-sefer y la tomare, yo le daré Acsa mi hija por mujer. Y la tomó Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb; y él le dio Acsa su hija por mujer. Y cuando ella se iba con él, la persuadió que pidiese a su padre un campo. Y ella se bajó del asno, y Caleb le dijo: ¿Qué tienes? Ella entonces le respondió: Concédeme un don; puesto que me has dado tierra del Neguev, dame también fuentes de aguas. Entonces Caleb le dio las fuentes de arriba y las fuentes de abajo» (Jueces 1:9-15).

2.2 - ¿Qué es el mundo?

Mesopotamia representa el mundo, no en su aspecto material visible, sino en sus principios y caminos, sus motivos y máximas que gobiernan y dominan a los hombres que no están sometidos a Dios. El mundo material es la esfera en la que evoluciona el espíritu del mundo; su aparato y su gloria derivan de la voluntad humana. Pero lo que constituye su espíritu y su vida es la voluntad y los esfuerzos de los hombres en busca de su propio placer y exaltación, mientras que el mundo material

constituye su escenario.

En este sentido, el mundo se opone a Dios; es como una fortaleza que alberga a hombres rebeldes contra su soberano legítimo. Todos los que están en buenos términos con él se oponen a Dios, porque está escrito: «¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Aquel que quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios» (*Sant. 4:4*). El mundo despierta las concupiscencias internas de los hombres, como nos resume el siguiente versículo: «Porque todo lo que hay en el mundo: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no procede del Padre, sino del mundo» (*1 Juan 2:16*). Es evidente que el mundo no tiene nada en común con Dios. Ya sea culto o depravado, religioso o profano, es su gran rival, que mantiene bajo su dominio, por su fuerza de atracción, los corazones de los hombres que deberían estar sometidos a Dios.

2.3 - Las 3 grandes características del mundo

Aparecieron por primera vez durante la tentación en el jardín en Edén.

Bajo el poder de Satanás, Eva vio que el árbol prohibido era (*Gén. 3:6; 1 Juan 2:16*):

1. Bueno para comer: la concupiscencia de la carne
2. Un placer para los ojos: la codicia de los ojos
3. Deseable para hacer inteligente: el orgullo de la vida

Como hojas arrancadas por un torbellino de viento del árbol que les había dado la vida, la mujer y luego el hombre fueron expulsados lejos de Dios después de este ataque del Enemigo. Dios fue destronado de sus corazones: Adán y Eva concedieron a su «yo» el lugar central de sus vidas. A partir de entonces, el hombre se vio gobernado por la codicia de lo que no tenía y el orgullo de lo que tenía. Caín y sus descendientes nos muestran que a la raza humana le resultaba fácil procurarse, independientemente de Dios, una felicidad efímera de la que Dios estaba excluido (*Gén. 4:16-22*).

2.4 - El llamado de Abram a salir de Mesopotamia

Dios llamó a Abram para que saliera de Mesopotamia (*Gén. 12:1*). En sentido figurado, este llamado representa el del Evangelio hoy en día. El objetivo de la proclama-

ción de la Buena Nueva no es mejorar el mundo tanto en el plano moral como en el social, sino liberar a los hombres de sus seducciones y llamarlos a salir del mundo para seguir a Dios. Era la voluntad de Dios liberar a su pueblo de la esclavitud y del poder del mundo, pero para ello era necesario un gran sacrificio. Este sacrificio fue ofrecido, porque nuestro Señor Jesucristo «quien sí mismo se dio por nuestros pecados, para librarnos del presente siglo malo, según la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos» (Gál. 1:4-5). El Evangelio de la gracia de Dios, que habla del gran sacrificio que el Amor divino ha realizado, es liberador: libera a los hombres de las ilusiones y seducciones de un mundo destinado al juicio, y les da una esperanza celestial y eterna. Los une al cielo, para que este se convierta en su patria y su hogar. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos; para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (1 Pe. 1:3-4).

El cielo es la patria de todos los que han creído en el Evangelio, y es precisamente en la medida en que lo comprendamos que seremos extranjeros y peregrinos (literalmente: residentes temporales) en la tierra.

Por eso Dios llamó a Abram para que saliera de Mesopotamia con el fin de hacer de él y de sus descendientes su propio pueblo; y, como ellos obedecieron el llamado de Dios, es evidente que el rey de ese país ya no tenía ningún derecho sobre ellos. Del mismo modo, está igualmente claro que aquellos que han creído en el Evangelio y pertenecen a Cristo no son del mundo, porque Jesús dijo: «No son del mundo, como yo no soy del mundo» (Juan 17:14). Pero Israel se apartó de Dios y, por ello, cambió el gozo y la libertad de servirle por una amarga esclavitud. El primer rey bajo cuyo yugo fueron esclavizados los israelitas fue Cusan-risataim, rey del país que Abram había sido llamado a abandonar. De la misma manera, muy a menudo los cristianos se apartan de la verdadera fuente de vida y felicidad para buscar su satisfacción en el mundo; se convierten en esclavos de lo que buscan y persiguen, perdiendo así su libertad y su gozo. Este peligro nos acecha a todos; por eso debemos tener en cuenta la exhortación: «No améis al mundo, ni las cosas que hay en el mundo» (1 Juan 2:15).

2.5 - El rey de Mesopotamia

El nombre de este rey significa «doble maldad» y, en esto, representa bien al mundo, porque sabemos que quien lo domina es el Maligno, el diablo (1 Juan 5:19). Es él quien está al mando entre bastidores. Ofreció toda la gloria de sus reinos al Señor; todavía la ofrece a los hombres, y su resplandor los hechiza y destruye sus almas. Su maldad en este sentido tiene un doble carácter, porque es a la vez el dios de este siglo y el príncipe de este mundo, sobre el que tiene control (Juan 12:31; 2 Cor. 4:4).

Los israelitas comenzaron a sentir el yugo de hierro al que estaban sometidos y, en su angustia, clamaron a Jehová. Él escuchó sus gritos y les dio un libertador perfectamente capaz de vencer todo el poder mesopotámico.

2.6 - El libertador

El hombre al que Dios puede utilizar para liberar a su pueblo se llama Otoniel, que significa “hombre poderoso de Dios”. Nos está presentado en el capítulo primero. Allí, su carácter se pone a prueba por completo. Recibe como recompensa a la hija de Caleb como esposa y, con ella, recibe una tierra del sur, un lugar soleado y fértil, así como las fuentes de arriba y las fuentes de abajo.

Es a él a quien Dios utiliza para obtener la victoria sobre el rey de Mesopotamia.

En esos días benditos de gracia, Dios se sirve de la ley de la «atracción». Quiere separarnos de lo malo mediante el poderoso atractivo de su bondad y su amor, y expulsar el mundo de nuestros corazones mediante el “poder de atracción” de algo mejor: la tierra del sur, con sus fuentes altas y sus fuentes bajas.

2.7 - La tierra del sur

La belleza de esta maravillosa herencia nos está presentada en el Evangelio según Juan. De hecho, es en los escritos de Juan, más que en cualquier otra parte de las Escrituras, donde se nos advierte del peligro del mundo, ya que existe un antagonismo perpetuo entre lo que Dios tiene reservado para nosotros y el mundo. No se pueden unir ni reconciliar.

El Evangelio según Juan, por su parte, tiene un carácter muy particular. El Señor no nos está presentado como el Hombre pobre que no tiene dónde recostar la cabeza,

sino como «el Hijo único, que está en el seno del Padre» (Juan 1:18): ese es su hogar, su descanso y el lugar de su gozo. Puede hablar a sus discípulos de lo que le pertenece, y la palabra que caracteriza este Evangelio es el determinante posesivo «mi». En los capítulos 14 al 17, el Señor lo utiliza unas 30 veces. Se encuentra allí, en medio de las cosas que tanto valor tienen para él, las cosas que puede llamar suyas: «la Casa de mi Padre», «mi Padre», «mi gozo», «mi camino», «mi nombre», «mi paz», «mi gloria», etc. Es nuestro feliz privilegio contemplarlo como el Hijo único, regocijándose en la luz perpetua de su herencia. Sin embargo, él vino a este mundo para buscar y encontrar compañeros con quienes compartir su herencia para siempre.

Así, el cristianismo no se compone solo de dogmas y profesiones de fe; es real y vivo, y consiste en disfrutar de las cosas de las que el Señor habla aquí.

Él desea que todos aquellos a quienes puede llamar suyos disfruten de estas cosas, ya que dice: «Mi paz os doy» (Juan 14:27). «Estas cosas os he dicho para que mi gozo permanezca en vosotros» (Juan 15:11). «La gloria que me has dado, yo les he dado» (Juan 17:22). «Mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17). Nos asocia con él como sus hermanos para que estas cosas nos pertenezcan. Su gozo es darnos esta maravillosa herencia, pero no como la da el mundo, y compartirla con nosotros. Nos ha traído a él para que conozcamos lo que es máspreciado para él: el amor de su Padre. Quiere que lo disfrutemos, porque, según dijo, ha rogado a su Padre para que «el mundo sepa que tú me enviaste, y que los has amado, como a mí me has amado» (Juan 17:23). Y aún más: «Les di a conocer tu nombre, y se lo dará a conocer; para que el amor con que me amaste esté en ellos, y yo en ellos» (v. 26).

Aquí nos encontramos ante la infinitud y la eternidad del amor divino, demasiado vasto para ser comprendido; pero, aunque apenas rozamos el precioso significado de estas palabras, sentimos que son realmente las palabras de la vida eterna. Escucharlas alegra nuestro corazón y lo hace vibrar en respuesta a este amor infinito.

2.8 - Cómo disfrutar de esta heredad

Podemos comprender que el Señor, por ser el Hijo de Dios, se regocijara en esta «tierra del Neguev» donde todo es de Dios. Pero nosotros, ¿cómo podemos alcanzar esta posición que él nos da al asociarnos consigo, y disfrutarla?

Dios nos ha dado el Espíritu de su Hijo, el Espíritu Santo, que no solo nos hace capaces de clamar «¡Abba, Padre!» (Gál. 4:6), sino que también nos revela lo que pertenece a Cristo y nos permite saborearlo. Así, por medio del Espíritu que nos ha

sido dado, poseemos las «fuentes de arriba» y las «fuentes de abajo» ([Jueces 1:15](#)).

Disfrutaremos plenamente de este lugar de bendición cuando lleguemos a la Casa del Padre. Pero, en su amor por nosotros, él no quiere hacernos esperar hasta que lleguemos a esa morada bendita. Nos ha dado su Espíritu para que disfrutemos de estas bendiciones desde ahora.

2.9 - Los recursos del mundo

Mesopotamia significa “la tierra de los 2 ríos”, otro elemento que la caracteriza como figura del mundo. Sería erróneo suponer que el mundo no tiene nada que ofrecernos, ya que los 2 ríos que lo atraviesan parecen nobles y satisfacen sus necesidades. Pero son engañosos; no pueden saciar la sed del corazón. Sin embargo, los hombres, rechazando la verdad, buscan ciegamente lo que el mundo puede darles, exactamente como Naamán, quien, en su orgullo, exclamó: «Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel?» ([2 Reyes 5:12](#)).

El Evangelio según Juan destaca el carácter decepcionante de estos 2 grandes ríos de los que se gloria el mundo. Son una falsificación de lo que Dios tiene reservado para el hombre. Estos ríos se llaman placer y religión; apelan a las 2 inclinaciones de la naturaleza humana. Pero, en cuanto al primero, el Señor de la verdad declara: «Todo aquel que bebe de esta agua tendrá sed otra vez» ([Juan 4:13](#)). Y, en el gran día de la mayor de las fiestas religiosas, mirando con compasión a la multitud insatisfecha, Jesús exclama: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» ([Juan 7:37](#)).

Así como todos los ríos desembocan en el mar y, sin embargo, este no se llena (vean [Ecl. 1:7](#)), así todas las aguas que ofrece el mundo pueden fluir en el corazón del hombre sin satisfacerlo jamás. Este es demasiado grande para el mundo; ha sido creado para Dios, y solo Dios puede saciar su sed. Los placeres del mundo no pueden proporcionarle un gozo duradero, y su religión no puede salvar ni animar su alma.

2.10 - El don de Jehová: las fuentes de arriba y las fuentes de abajo

Qué gozo descubrir que el Señor está dispuesto, tanto a saciar la sed del corazón de quien busca placeres, como a colmar las aspiraciones de quienes han experimentado que las ceremonias de una religión vacía son incapaces de satisfacerlos. Él propone

a los hombres hacerlos independientes de este mundo con estas maravillosas palabras: «El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brota para vida eterna» (Juan 4:14). También les propone hacerlos capaces de contribuir a satisfacer las profundas necesidades de las almas sedientas de este mundo: «En el último día, el gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y clamó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de adentro de él fluirán ríos de agua viva. Pero esto lo dijo respecto del Espíritu, que los que creían en él recibirían; pues el Espíritu Santo no había sido dado todavía por cuanto Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:37-39). ¿Hay algo más maravilloso? Poseer una profunda fuente de satisfacción interior, que brota en vida eterna, que se eleva hasta su Fuente y su Donante en profunda apreciación y adoración, ¡esas son las fuentes de arriba! Y cuando esas mismas aguas fluyen abundantemente para refrescar a otros para su bendición, esas son las fuentes de abajo.

Estas cosas no son pura imaginación; son verdades divinas sólidas, perfectamente tangibles y reales para aquellos que le aman.

No es difícil ver que, en la medida en que el corazón disfrute de esta maravillosa herencia, el mundo perderá su atractivo. Sus sonrisas no lo seducirán, y su desaprobación no lo perturbará; el alma, liberada de las ataduras del mundo, será libre.

Solo aquellos que poseen esta herencia y disfrutan de ella son verdaderos Otoniel (hombres de Dios). Al ser libres, están en condiciones de liberar a los demás.

No se trata de negarnos los placeres del mundo aplicándonos con nuestra energía natural o haciendo grandes esfuerzos (mortificándonos): esa lucha solo conduciría a un legalismo miserable, y nuestros esfuerzos solo acabarían en fracaso. Solo creyendo en estas verdades, entrando en ellas por la fe y disfrutando de ellas encontraremos nuestro gozo en los mandamientos del Señor. Experimentaremos que no son penosos «porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que venció al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4). «¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (v. 5).

2.11 - Nuestro ejemplo por excelencia

Solo ha habido un hombre perfecto en la tierra que, dependiendo de su Dios, recorrió un camino de victoria permanente. Nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pasos (1 Pe. 2:21). Si lo amamos, encontraremos nuestra felicidad en seguirlo

y descubriremos que su yugo es «suave» y que su carga es «ligera» (Mat. 11:30). El Evangelio según Lucas nos presenta al Señor con un carácter particularmente atractivo, el de un hombre que depende de Dios. Es precisamente en este Evangelio donde el diablo lo enfrenta a las 3 tentaciones que habían provocado tal desastre en el Edén.

La tentación en el desierto (Lucas 4:1-13) consistió en:

- La concupiscencia de la carne: «Di a esta piedra que se convierta en pan».
- La codicia de los ojos: «Todos los reinos de la tierra habitada».
- El orgullo de la vida: «Échate de aquí abajo».

Jesús contrarrestó el primer ataque con una respuesta perfecta: «Está escrito: No solo de pan vivirá el hombre» (Lucas 4:4). Ciertamente, tenía el poder de convertir esas piedras en pan, pero solo estaba allí para hacer la voluntad de Dios. Nunca hizo uso de su poder para su propio beneficio. Además, se negaba a mirar hacia la tierra para encontrar la respuesta a sus necesidades, sino que miraba hacia Dios. No buscaba su alimento aquí abajo, sino arriba. Dios llenaba su corazón y le daba la respuesta a la tentación del diablo. La codicia de la carne había provocado la caída de Adán y Eva; habían antepuesto el yo a Dios, y eso fue lo que provocó su caída. Jesús se mantuvo firme; el diablo fue derrotado y rechazado.

El ataque se renovó en otro frente. Toda la magnificencia de los reinos del mundo se desplegó ante los ojos de Jesús. Pero el poder, el esplendor y la grandeza, cosas que deslumbran y fascinan a los hombres, y por las que están dispuestos a vender sus almas y renegar de su Dios, no tenían ningún atractivo para Jesús. Nada podía desviarlo de su propósito. Sus ojos estaban fijos en Dios, y venció la tentación con esta respuesta: «Está escrito: ¡Al SEÑOR tu Dios adorarás y solo a él servirás!» (Lucas 4:8). El que verdaderamente honra a Dios es aquel cuyo corazón está lleno de su gloria. Así era siempre Jesús cuando estaba en la tierra, y en ese corazón lleno no había lugar para el mundo; el esplendor efímero de este no le atraía. Por lo tanto, «Dios» fue también su respuesta a esta segunda tentación.

Sin embargo, el diablo volvió a la carga y le sugirió que se arrojara desde lo alto del templo, ante los ojos de la multitud que se encontraba abajo. Al hacerlo, demostraría que era el Hijo de Dios, objeto del cuidado especial de Dios según las promesas de su Palabra. Pero la trampa fue en vano. Jesús quería esperar el momento elegido por Dios para manifestar su gloria al mundo. No quería tentar a Dios, tomando él mismo

las riendas y haciendo valer sus derechos. Por lo tanto, respondió: «No tentarás al SEÑOR tu Dios» ([Lucas 4:12](#)).

«Dios» fue nuevamente la respuesta del hombre verdaderamente dependiente, y por lo tanto siempre victorioso. Era inexpugnable, porque siempre se proponía a Jehová ante él ([Sal. 16:8](#)). Buscaba en «Dios» su alimento. «Dios» llenaba su corazón con exclusión de todo lo demás. «Dios» era su confianza, de modo que dejaba su tiempo completamente en sus manos, lo que lo hacía imperturbable.

Satanás volvió al ataque, cuando la sombra de la cruz se cernía sobre el camino del Señor. El enemigo siempre buscaba desviarlo del camino de la obediencia. Habiendo fracasado al presentarle los atractivos del mundo y sus favores, recurrió a sus terrores y amenazas ([Mat. 16:21](#)). El Señor comenzó a anunciar a sus discípulos que tendría que sufrir a manos de los hombres y morir. Todo el horror de esa perspectiva pesaba sobre su espíritu; entonces, aprovechando la oportunidad, Satanás le dijo por boca de Pedro: «¡Ten compasión de ti, Señor! De ningún modo esto te sucederá» ([Mat. 16:22](#)). Sin embargo, el Señor detectó inmediatamente al Enemigo, que se había disfrazado de amigo, y respondió a su astucia con una severa reprimenda: «Apártate de mi vista, Satanás! Me eres tropiezo; porque no piensas en lo que es de Dios, sino en lo que es de los hombres» (v. 23).

Todavía tenía a «Dios» ante él, como su única razón para vivir en la tierra. No quería salvarse a sí mismo, no había venido para eso. Así que fue en vano que el Enemigo desplegara todo su arsenal de armas contra él. El Señor salió victorioso de la batalla. Satanás, el príncipe de este mundo, vino, pero no encontró en él ningún punto vulnerable. Su derrota fue completa. ¿Cómo podría haber sido de otra manera, cuando se enfrentaba a Aquel, cuyas primeras palabras que nos han sido transmitidas son: «¿No sabíais que debo estar en los asuntos de mi Padre?» ([Lucas 2:49](#)). Vivía solo para su Padre y nunca se desvió de su camino, ni a la derecha ni a la izquierda, hasta el día en que dijo: «¡Cumplido está!» ([Juan 19:30](#)).

Venció al mundo que le tendió sus trampas y desplegó sus atractivos en vano. Su corazón estaba satisfecho. Todas las aspiraciones de su alma estaban sometidas al mismo Dios. Él es nuestro modelo y nuestra guía, y toda la gracia y el poder que necesitamos se encuentran en él, para seguir sus pasos sin vacilar.

Todo lo debemos a la dedicación y al amor del Señor Jesucristo; nuestros corazones han aprendido a apreciar a Aquel en quien hemos encontrado una belleza que supera todo lo demás. Pero ¿cómo lo trató el mundo? Los hombres fueron testigos de sus maravillosas obras y se vieron obligados a declarar: «Bien lo ha hecho todo»

([Marcos 7:37](#)). Escucharon las palabras de su boca y reconocieron: «¡Jamás hombre alguno habló como este hombre habla!» ([Juan 7:46](#)). Sin embargo, al final de su camino, le escupieron en la cara, le coronaron de espinas y le crucificaron entre 2 malhechores. No había lugar en el mundo para el Hombre de Nazaret, solitario y maravilloso. Fue odiado y rechazado. Que todos los que le pertenecen lo recuerden; que recuerden también que este mundo nunca se ha arrepentido profundamente de este crimen ante Dios, que nunca le ha expresado su tristeza por este acto y que sigue siendo culpable de la sangre del Hijo amado de Dios.

Ante esta constatación, preguntémonos cuál debería ser nuestra actitud hacia este mundo. ¿Debemos sorprendernos de que Pablo llegara a decir?: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me ha sido crucificado, y yo al mundo» ([Gál. 6:14](#)). O también, de lo que está escrito para nuestra instrucción y advertencia: «¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Aquel que quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios» ([Sant. 4:4](#)).

3 - La victoria sobre la carne

3.1 - Moab

«Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová fortaleció a Eglón rey de Moab contra Israel, por cuanto habían hecho lo malo ante los ojos de Jehová. Este juntó consigo a los hijos de Amón y de Amalec, y vino e hirió a Israel, y tomó la ciudad de las palmeras. Y sirvieron los hijos de Israel a Eglón rey de los moabitas dieciocho años. Y clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová les levantó un libertador, a Aod hijo de Gera, benjamita, el cual era zurdo. Y los hijos de Israel enviaron con él un presente a Eglón rey de Moab. Y Aod se había hecho un puñal de dos filos, de un codo de largo; y se lo ciñó debajo de sus vestidos a su lado derecho. Y entregó el presente a Eglón rey de Moab; y era Eglón hombre muy grueso. Y luego que hubo entregado el presente, despidió a la gente que lo había traído. Mas él se volvió desde los ídolos que están en Gilgal, y dijo: Rey, una palabra secreta tengo que decirte. Él entonces dijo: Calla. Y salieron de delante de él todos los que con él estaban. Y se le acercó Aod, estando él sentado solo en su sala de verano. Y Aod dijo: Tengo palabra de Dios para ti. Él entonces se levantó de la silla. Entonces alargó Aod su mano izquierda, y tomó el puñal de su lado derecho, y se lo

metió por el vientre de tal manera que la empuñadura entró también tras la hoja, y la gordura cubrió la hoja, porque no sacó el puñal de su vientre; y salió el estiércol. Y salió Aod al corredor, y cerró tras sí las puertas de la sala y las aseguró con el cerrojo. Cuando él hubo salido, vinieron los siervos del rey, los cuales viendo las puertas de la sala cerradas, dijeron: Sin duda él cubre sus pies en la sala de verano. Y habiendo esperado hasta estar confusos, porque él no abría las puertas de la sala, tomaron la llave y abrieron; y he aquí su señor caído en tierra, muerto. Mas entre tanto que ellos se detuvieron, Aod escapó, y pasando los ídolos, se puso a salvo en Seirat.

Y cuando había entrado, tocó el cuerno en el monte de Efraín, y los hijos de Israel descendieron con él del monte, y él iba delante de ellos. Entonces él les dijo: Seguidme, porque Jehová ha entregado a vuestros enemigos los moabitas en vuestras manos. Y descendieron en pos de él, y tomaron los vados del Jordán a Moab, y no dejaron pasar a ninguno. Y en aquel tiempo mataron de los moabitas como diez mil hombres, todos valientes y todos hombres de guerra; no escapó ninguno. Así fue subyugado Moab aquel día bajo la mano de Israel; y reposó la tierra ochenta años» (Jueces 3:12-30).

3.2 - ¿Qué es la carne?

Cuando hablamos de la «carne», no nos referimos a lo corporal, es decir, a nuestro cuerpo. Este término designa el principio del mal que habita en nosotros y que hace del yo el centro de nuestros pensamientos y de nuestra conducta, en lugar de Dios. La carne se opone a la voluntad de Dios y es incapaz de complacerle (Rom. 8:8). No se somete a la Ley de Dios y, si se le deja actuar, siempre servirá a la ley del pecado (Rom. 7:25). Se manifestó por primera vez con este carácter cuando Eva extendió su mano para tomar el fruto del árbol prohibido, creyendo que así se elevaría por encima de lo que Dios había hecho de ella. El yo era el objeto de su acto, y no Dios; y desde ese día, todas las personas que nacen en este mundo están, por naturaleza, «en la carne», lo que significa que lo que siempre los gobierna es el amor al yo más que el amor a Dios. Tal es la naturaleza de toda persona no regenerada.

Pero en aquellos que han creído en el Evangelio de la gracia de Dios, se ha producido un gran cambio: han nacido de nuevo por el Espíritu de Dios y han recibido el Espíritu Santo. Él mora en ellos, de modo que la Biblia puede decir de ellos: «Pero vosotros no estáis en [la] carne, sino en [el] Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom. 8:9). Han recibido una nueva vida y una nueva naturaleza:

en lugar de hacer del yo el centro de todos sus pensamientos, elevan sus deseos y esperanzas hacia Dios mismo.

Esta es la naturaleza y la nueva vida que todos los que hemos sido salvos hemos recibido. Pero la carne permanece en nosotros, y solo caminando por el Espíritu seremos liberados de la esclavitud de sus concupiscencias ([Gál. 5:16](#)).

3.3 - Los moabitas, imagen impactante de la carne

En cuanto a los moabitas, cabe señalar que:

- Su antepasado había nacido de una relación ilícita ([Gén. 19:37](#)).
- No podían entrar en la congregación ([Deut. 23:3](#); [Neh. 13:1](#)).
- Debían ser completamente destruidos; la última mención que se hace de ellos en las Escrituras se encuentra en [Sofonías 2:9](#): «Por tanto, vivo yo, dice Jehová de los ejércitos... que Moab será como Sodoma ... asolamiento perpetuo».

Leemos pasajes paralelos a estos en cuanto a la carne en [1 Corintios 1:29](#): «Para que ninguna carne se gloríe ante Dios», y en [Génesis 6:13](#): «He decidido el fin de todo ser».

3.4 - “Para él solo”

Pero, en el relato que tenemos ante nosotros, encontramos otras indicaciones que confirman que el rey Eglón y los moabitas representan la carne: Eglón poseía un palacio de verano, un lugar de comodidad y placer, y lo tenía “para él solo” ([Jueces 3:20](#)).

En una breve frase, se revela por completo el carácter de la carne. Es fundamentalmente egoísta; no tiene nada que ofrecer a Dios; todos sus pensamientos, esperanzas y ambiciones giran en torno al yo. Todo lo que el yo posee es “para él solo”. Ay, ¿no han experimentado a menudo que esa cosa detestable llamada “yo” se les ha impuesto a plena luz del día cuando menos lo esperaban? Acaban de hacer una buena obra motivada por el amor y la simpatía. Apenas la han terminado, surge astutamente este pensamiento: ¿Qué pensarán ahora de mí?

Quizás ustedes hayan sido considerablemente ayudados en un servicio para el Señor. Pero, en lugar de ser humilde ante la gracia que se ha servido de ustedes y dar toda la gloria a Aquel que es su fuente, se han jactado y felicitado interiormente, como si lo hubieran logrado todo por sí mismos. ¿O tal vez, por el contrario, el servicio ha sido un fracaso? Entonces se sienten abatidos y deprimidos, no porque el Señor haya sido deshonrado, sino porque no han brillado como esperaban. Alguien más lo ha hecho mejor que ustedes, o les ha superado en dedicación, conocimiento o competencia; y de inmediato, los pensamientos de rivalidad y envidia se han apoderado de ustedes. Era la carne, vil e incorregible; buscaba apropiarse de todo «para sí misma». Debemos verla tal como es, en su carácter fundamentalmente odioso, y apartarnos de ella con repugnancia.

3.5 - La carne no tiene ningún derecho sobre el cristiano

Los moabitas no tenían en realidad ningún derecho sobre Israel. Sin embargo, sabemos que Eglón había establecido su trono en la ciudad de las palmeras (situada precisamente a las puertas del país, Jericó era la ciudad que Dios había conquistado «con mano fuerte» para su pueblo). Desde allí, Eglón imponía sus leyes a Israel y le hacía pagar tributos; así, lo que solo Dios tenía derecho a exigirles se entregaba al rey de Moab. Qué fiel descripción de la condición en la que se encuentran miles de cristianos. La carne no tiene ningún derecho a imponernos sus leyes. «Deudores somos, no de la carne, para vivir según la carne» (Rom. 8:12). No tenemos ninguna deuda con ese principio maligno que hay en nosotros, que da todo el protagonismo al yo y excluye a Cristo; estamos perfectamente autorizados a ignorar sus exigencias y a caminar por el Espíritu; y, sin embargo, al igual que el rey de Moab percibía de Israel lo que solo Dios podía reclamar, ¿no es cierto que, por desgracia, algunos cristianos dedican a menudo su tiempo, sus pensamientos y su energía a la carne? Al hacerlo, olvidan lo que dice la Escritura: «Si vivís según la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Rom. 8:13).

Subrayemos de nuevo el hecho de que, para un cristiano, la carne es un usurpador si domina sobre él. En efecto, «no estáis en [la] carne, sino en [el] Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom. 8:9). Cuando creímos en el evangelio de nuestra salvación, el Espíritu de Dios hizo su morada en nosotros. Al sellarnos con su Espíritu Santo (Efe. 1:13), el Señor reclama como suyo lo que ha adquirido con su propia sangre. A partir de entonces, la obra del Espíritu en nosotros tiene como objetivo destronar al yo y rechazar definitivamente el dominio de la carne,

otorgando a Cristo el primer lugar en nuestros afectos.

Es indiscutible que la carne no abdicará fácilmente y siempre intentará imponerse. «Porque lo que desea la carne es contrario al Espíritu, y lo que desea el Espíritu es contrario la carne; pues estos se oponen entre sí» (Gál. 5:17).

3.6 - Todos nuestros esfuerzos por someter a la carne son vanos

No creamos que la carne puede ser mejorada y hecha aceptable para Dios. Leemos acerca de Moab: «Quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado» (Jer. 48:11). Es igualmente cierto que «lo que es nacido de la carne, carne es» (Juan 3:6). Se la puede hacer religiosa, pero sigue siendo independiente de Dios y rebelde contra Él. A menudo se entromete en las cosas divinas, pero incluso allí, su lema sigue siendo “solo para mí”. No se la puede instruir, convencer ni obligar a someterse a la Ley de Dios, porque su naturaleza es absolutamente contraria a esa Ley.

Es una lección que debemos aprender; este aprendizaje es siempre una experiencia amarga y dolorosa. Las etapas de esta lección, nos las da Romanos 7:

- Aspiran a hacer el bien y se decepcionan amargamente al descubrir que solo pueden hacer el mal.
- Buscan la razón. Entonces descubren con disgusto que nada bueno puede salir de ustedes, es decir, de su carne. Y esto, por la sencilla razón de que no hay nada bueno en ella.
- Hacen grandes esfuerzos por salir de esta pesadilla, pero la desesperación invade sus corazones cuando se dan cuenta de que luchan en vano. Cuando finalmente, agotados, abandonan la lucha, alguien les quita la carga. Amanece y se les revela la manera de salir del terrible atolladero en el que se han debatido. Sin embargo, esta liberación solo puede alcanzarse por el camino divino.

3.7 - ¿Cómo se obtiene la victoria?

Dios encontró en Israel a un príncipe que no solo escapó él mismo del yugo de Moab, sino que también logró liberar a otras personas del pueblo. Al estudiar la forma de actuar de Aod, aprenderemos cuál fue el medio de la liberación. Aod recibió la

misión de llevar el tributo de los israelitas al monarca de Moab; como nos muestra la continuación, no se trataba de una tarea agradable; Aod debió sentir lo degradante que era para el pueblo de Dios verse así reducido a la esclavitud. No hay victoria sin ejercicio del alma. Si nos conformamos con caminar según la carne y con la vida cristiana ordinaria que vemos en los cristianos que nos rodean, nunca conoceremos el gozo y la libertad que conlleva controlar la carne.

«Aod» significa «el que alaba». Era un digno hijo de su padre Gera, cuyo nombre significa «luchas» o «conflictos». Tengan por seguro que, si quieren convertirse en «el que alaba» y regocijarse en la victoria, primero tendrán que experimentar conflictos en sus almas. Porque la victoria, el gozo y la alabanza son siempre el fruto de un verdadero ejercicio del alma.

3.8 - Las piedras de Gilgal

Después de cumplir su misión con Eglón, Aod se dirigió a las canteras de piedras de Gilgal. Era el lugar adecuado para el hombre que sufría la esclavitud bajo la que gemía Israel. En Gilgal, ese sentimiento se vería reforzado, ya que fue en ese lugar donde se había rodado el oprobio de Egipto (Josué 5:9). El pueblo de Dios había sido esclavo en un país extranjero. Pero cuando llegó a Gilgal, no solo era libre, sino que había llegado a un país de libertad. Fue aquí donde tuvo lugar la circuncisión, símbolo de su libertad o liberación.

Desde Gilgal, este pueblo liberado por Dios había ido de victoria en victoria. Y, si no hubiera olvidado este lugar y sus lecciones, nunca habría conocido la derrota y la esclavitud; ¡los gritos de victoria nunca habrían dado paso a los lamentos de Boquim!

Al ir a Gilgal, Aod había vuelto al punto de partida; el lugar donde, efectivamente, había comenzado la verdadera vida, la vida que Dios quería para su pueblo, al que había redimido de manera tan maravillosa.

Gilgal era el lugar más digno de interés del país:

- Allí se encontraban las 12 piedras extraídas del lecho del Jordán.
- Allí se había llevado a cabo la circuncisión.
- La Pascua se había celebrado allí.
- El pueblo había comido trigo viejo del país.

- El Jefe del Ejército de Jehová se había puesto al frente, como su líder y guía.

Solo profundizaremos en los 2 primeros de estos importantes acontecimientos, ya que son especialmente relevantes para nuestro tema; y, si comprendemos su significado, no tendremos ninguna dificultad para comprender los siguientes.

3.9 - Las 12 piedras

Estas habían sido tomadas del lecho del río, donde los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se habían mantenido secos (Josué 3 y 4). Debían ser un memorial, para recordar a las generaciones venideras que el arca se había mantenido en el corazón de la muerte, para que el pueblo pudiera atravesarla sano y salvo y llegar al lugar de la vida.

El estado en el que nos encontrábamos –yacíamos en la muerte– queda así elocuentemente representado, así como lo que Dios hizo por nosotros.

«El pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y ... la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...» (Rom. 5:12). Pero Jesús, el verdadero «arca de la alianza», ocupó nuestro lugar en la muerte, para que pudiéramos ser liberados de ella para siempre y estar con él en la resurrección. ¿Podemos pensar en el medio que Dios utilizó para liberarnos sin sentirnos profundamente conmovidos? El amor fue el origen de la obra que él hizo; el amor que muchas aguas no pueden apagar, y que no pudieron extinguir todas las olas de la muerte (Cant. 8:7). Y si las aguas de la muerte no pudieron apagar la ardiente llama de ese amor, tampoco los siglos podrán atenuar su resplandor. Es eterno y todopoderoso. Al ver resplandecer este amor, en contraste tan directo con el detestable egoísmo de la carne, ¿no nos maravillamos al saber que, en sus planes llenos de gracia y sabiduría, Dios quería para nosotros que se rompiera todo vínculo con la carne y que nos uniéramos a este amor para siempre?

Pero las 12 piedras estaban colocadas bien lejos de las olas desbordantes del Jordán. Estaban establecidas en la tierra prometida, donde las ricas bendiciones de Jehová constituían el patrimonio del pueblo; así representan la posición actual del cristiano. Ya no estamos bajo la condenación y la muerte, sino en Cristo, en la plena luz del favor de Dios, en la tierra prometida que mana leche y miel. Esta posición de bendición ante Dios no se ha obtenido por ninguna obra o mérito nuestro. Es Dios quien nos ha establecido en Cristo y nos ha ungido; él es quien nos ha sellado y nos ha

dado el testimonio de su Espíritu en nuestros corazones (2 Cor. 1:21-22). Estamos muy favorecidos en el Amado y bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efe. 1:3, 6).

Quizás no comprendamos plenamente todo lo que esto significa, pero es evidente que se trata de algo elevado y precioso; es la obra de Dios hecha para nosotros. Al escuchar esta noticia, nuestros corazones comienzan a latir más rápido y nos llenamos del ardiente deseo de saborear todas estas maravillas. Cuanto más comprendamos que es por gracia que hemos sido salvos, y no por nosotros mismos, mayor será nuestro deseo de comprender y apreciar esta posición de aceptación y favor.

3.10 - La circuncisión

La circuncisión del pueblo está íntimamente relacionada con las 12 piedras depositadas a orillas del Jordán. Si estas últimas son testimonio de la gracia de Dios hacia nosotros, la circuncisión proclama el juicio inflexible que él dicta sobre la carne: debe ser “cortada”. Aquellos que en otro tiempo fueron objeto de estos actos de gracia debían llevar en su cuerpo las marcas de la condena de la carne.

Cuando un hombre comete un delito, es castigado y luego reintegrado en la sociedad tras cumplir su pena. Pero el juicio que Dios emite sobre la carne no tiene nada que ver con eso. Su significado es totalmente diferente. Es el abandono total de la carne, como medio para glorificar a Dios y procurar la bendición al hombre. Las palabras de Jesús son elocuentes: «La carne para nada aprovecha» (Juan 6:63). Está absoluta y desesperadamente desprovista de bien. Pueden estar seguros de ello, de lo contrario Dios no la habría apartado. Pero si lo ha hecho, es para que toda bendición provenga de él y descansen así sobre un fundamento inmutable y eterno.

Si aún tenemos dudas sobre su inutilidad y su total incapacidad para apreciar lo que viene de Dios, de manera que le devolvamos lo que le corresponde, basta con mirar al Calvario.

El bendito Hijo de Dios vivió ante los ojos de los hombres. Lo vieron caminar y escucharon sus palabras. Manifestó entre ellos la ternura y la gracia del Padre. Y, al final de su camino, le escupieron en la cara. Fue golpeado, traicionado y crucificado, como un objeto de odio a sus ojos. Fue allí, en ese momento, cuando la carne reveló toda su hostilidad contra Dios y demostró de manera concluyente y definitiva que no había ningún beneficio en ella, ni para Dios ni para nosotros. Demostró que

era en verdad una viña silvestre, que no producía ningún fruto. La venida del Hijo de Dios fue la gran prueba final; fue rechazado, de modo que Dios la apartó para siempre.

Pero qué gozo para nosotros saber que la muerte de Cristo, que manifestó plenamente el verdadero carácter de la carne, también reveló todo el amor que hay en el corazón de Dios. Demostró que él no quería dejar que nada le detuviera en su intención de bendecir al hombre. También demostró que esa bendición debía basarse únicamente en lo que él es y en lo que él puede hacer, ¡y en ningún caso en lo que nosotros somos!

«Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no procede de vosotros, es el don de Dios» (Efe. 2:8). Una sola frase basta para resumir toda la cuestión: «Por gracia sois salvos» representa las piedras colocadas en la tierra prometida. «Y esto no procede de vosotros» nos habla de la circuncisión.

Durante 4.000 años, la carne ha podido actuar libremente; pero toda su supuesta sabiduría, poder, auto suficiencia, cultura y religión solo han resultado inútiles y sin provecho. No puede levantar la cabeza y gloriarse en la presencia del Señor. La condenación y la muerte son el justo destino que le corresponde.

El mismo Cristo fue cortado al final de su vida, aunque la muerte no tenía ningún derecho sobre él. Podría haber vivido eternamente en la condición humana que había asumido, pues «en él no hay pecado» (1 Juan 3:5); cada fibra de su santo Ser estaba dedicada a Dios. Asumió perfectamente cada una de sus responsabilidades, y ninguna traza de pecado alteró jamás su perfecta humanidad (1 Pe. 2:22; 2 Cor. 5:21). Si hubiera seguido viviendo en esa condición, habría vivido solo; pero murió y, en su muerte, el pecado en la carne fue condenado.

En la muerte de Cristo vemos el abandono total de la carne, porque la muerte constituye su fin: ha encontrado su juicio. Ahora ya no nos presentamos ante Dios en virtud de lo que somos, porque solo podríamos ser condenados. Pero nos presentamos ante él en Cristo, y solo encontramos su favor. Hemos sido «sepultados con él... en quien fuisteis resucitados... vivificados con él» (Col. 2:12-13). Hemos sido «sepultados con él mediante el bautismo» (Rom. 6:4). El sello de la muerte está puesto sobre nosotros y, por lo tanto, nos consideramos muertos a esta vida de pecado, gobernada por la carne.

Para un hombre incrédulo, la muerte significaría la separación de todo lo que le hacía la vida agradable. Pero estoy convencido de que, para una persona nacida de

nuevo, si consideramos esta cuestión a la luz divina, descubriremos en ella la puerta de la libertad: porque la realidad de la circuncisión de Cristo, “no hecha por mano humana”, simboliza la libertad cristiana.

La carne siempre servirá a la ley del pecado, y este es un amo cruel que, al igual que los egipcios que hacían sufrir a los israelitas, impone un duro trabajo a sus esclavos; el único camino para liberarse de este poderoso propietario de esclavos es la muerte. Un hombre puede poseer un siervo y mantenerlo en una esclavitud cruel. Pero un día el esclavo muere y ya no responde al llamado del amo. Entonces, el dominio de su amo llega a su fin. Me diréis: Pero yo no he muerto, no he recibido las consecuencias del pecado (vean [Rom. 6:23](#)). Es cierto, pero también es cierto que Jesús, en su amor perfecto, las recibió por nosotros, para que, al tomar parte en la muerte con él, pudieran ser liberados del antiguo propietario y servir a Dios de ahora en adelante. De hecho, es su privilegio considerar la muerte de su Sustituto como la suya propia.

La siguiente historia, muy conocida, que data de la época de Napoleón, ilustra mi observación. Un ciudadano había sido llamado a filas, pero otro se había sustituido a él tomando su nombre y su número de matrícula, y había muerto en la batalla. Poco después, otros hombres fueron reclutados para las guerras de Napoleón, incluido ese ciudadano. Pero él pidió ser eximido del servicio, alegando que, en tal batalla, había muerto en la persona de su sustituto. El caso fue sometido al emperador, quien le dio la razón. «Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» ([Rom. 6:11](#)). De esta manera, seréis libres para entregaros a Dios, para caminar en la bendita libertad del Espíritu y para disfrutar de la abundancia de la tierra en la que él os ha introducido.

Pero nos adelantamos a lo que nos revela nuestro relato:

- Las piedras a orillas del Jordán dan testimonio de nuestra asociación con Cristo en el favor de Dios.
- La posición que nos viene solo por su gracia.
- La circuncisión significa que la carne no tiene cabida allí: no puede obtenerla ni mantenerse en ella, porque es absolutamente sin valor, y profundamente mala y detestable a los ojos de Dios. «Los que están en la carne no pueden agradar a Dios» ([Rom. 8:8](#)).

3.11 - La muerte de Eglón

Desde Gilgal, Aod regresa ante el rey Eglón, pero esta misión difiere mucho de la anterior. Esta vez no lleva un regalo de parte de un pueblo esclavo, sino un mensaje de parte de un Dios libertador. «Tengo palabra de Dios para ti» (Jueces 3:20), palabra de juicio; porque la espada de doble filo, clavada en el vientre del rey, representa el juicio de Dios sobre aquel que había mantenido a Israel en esclavitud.

Ya hemos visto que Dios condenó la carne de una vez por todas, y que nunca volverá sobre ello, porque demostró que era inútil; debemos llegar a la misma conclusión en nuestra experiencia. Debemos aprender que la carne no nos sirve de nada; así estaremos preparados para aceptar la condena de Dios sobre ella, en imagen, “clavar la espada de doble filo en el vientre del enemigo”.

El hombre que había pasado tiempo en Gilgal no podía tolerar la presencia y el dominio de Eglón en el país y en la vida del pueblo de Dios. Tampoco nosotros toleraremos la carne y sus acciones en nuestras vidas, si realmente hemos aprendido las lecciones que nos enseña Gilgal. Por el contrario, seremos implacables a la hora de juzgar sus más mínimas manifestaciones.

Hay una gran confusión en la mente de muchos creyentes sobre lo que realmente significa “juzgar la carne”. Algunos se lamentan constantemente de su maldad y sus faltas, y como resultado se sienten muy miserables; y se imaginan que eso es juzgarse a sí mismos. ¡Es todo lo contrario!

3.12 - Estar ocupado de sí mismo no es sinónimo de juicio de sí mismo

Se ha dicho a menudo, y con razón, que al diablo no le importa que estemos ocupados felicitándonos a nosotros mismos o reprochándonos, siempre y cuando estemos ocupados con nosotros mismos. Porque ustedes saben muy bien que es imposible que sus espíritus se eleven por encima de lo que ocupa sus pensamientos. Y mientras el yo ocupe todo el espacio, Cristo queda eclipsado.

Si ustedes han dicho que no hay nada bueno en la carne, no tienen nada más que añadir. Ahora tienen el derecho y el privilegio de apartarse de ella para volverse hacia Aquel que es perfecta y eternamente bueno, y ocuparse de Él. Pablo, en sentido figurado, “clavó el cuchillo” en la carne cuando escribió: «Porque nosotros somos la circuncisión, los que damos culto por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo

Jesús, no teniendo confianza en la carne» (Fil. 3:3).

Cuando el Parlamento (británico) propone y vota una moción de censura, esta provoca la caída del Gobierno, que será sustituido por uno nuevo. Esto es lo que deben hacer: votar una moción de censura contra la carne. ¿Cómo? Dejen de apoyar al “gobierno” de la carne. Aléjense de ella y vuelvan sus ojos hacia el Señor; dejen que el Espíritu Santo de Dios tome las riendas y los guíe de ahora en adelante. Ustedes no confían en una persona que no consideran fiable; no le confiarían sus secretos y mucho menos le permitirían dirigir y controlar sus vidas; sin embargo, ¿no es así como han actuado con respecto a la carne? De ahí el fracaso y la esclavitud resultantes. Tomen, pues, la espada de doble filo de la verdad, que demuestra la inutilidad de la carne, y, en sentido figurado, clávenla en el vientre hasta el mango. No se ocupen más de ella, déjenla a un lado, no mantengan buenas relaciones con ella a partir de ahora y, de ahora en adelante, caminen en la feliz libertad del Espíritu, ocupándose de Cristo.

Así quedará claro que ustedes han llegado a la conclusión divina sobre esta cuestión; y serán fieles a vuestra circuncisión.

3.13 - Felices resultados

Aod se dirigió entonces a la montaña de Efraín. Efraín significa “lugar de fruto abundante”. Es precisamente en la medida en que la carne está juzgada que somos capaces de dar fruto para Dios. Hemos sido asociados con Cristo por el Espíritu, en una vida de resurrección, para que demos fruto para Dios. Y el Espíritu Santo de Dios está dentro de nosotros, para reproducir en nosotros los rasgos de Jesús, a fin de que Dios sea glorificado a través de nosotros.

Es en Efraín donde Aod puede tocar la trompeta y reunir al pueblo para compartir con él la victoria que ha obtenido. Este es el resultado de la liberación: si los canales no están obstruidos, la nueva vida que poseemos en el Espíritu fluirá y habrá bendición para los demás. A diferencia de la carne, el lema del hombre nuevo nunca es “solo para mí”. Se regocija en compartir sus gozos y demuestra así que, en verdad, «Hay quienes reparten, y les es añadido más» (Prov. 11:24).

Quizás me digan que han intentado juzgar la carne, pero que sus intentos siempre han fracasado, que es decididamente demasiado fuerte para ustedes. Pero, sin duda, han olvidado que Dios ha enviado su Espíritu a sus corazones y que Él está allí para expulsar la carne y dar lugar a Cristo. Ahora todo depende de lo que deseen.

¿Se ha vuelto Cristo indispensable para ustedes? ¿Han encontrado en él, y en su amor? Algo tan precioso que puedan exclamar: ¡Solo él puede bastarme! Entonces, dependiendo del Espíritu, sus caminos serán verdaderamente luminosos.

Pero nunca pierdan de vista la muerte de Cristo: que su cruz sea la gloria de ustedes, porque es el camino de la victoria. Fue a orillas del Jordán, imagen de nuestra muerte con Cristo, donde Aod mató a 10.000 moabitas.

3.14 - Y el país descansó durante 80 años

¡Qué dulzura hay en estas palabras! Es como llegar a puerto después de haber atravesado un mar agitado; es como llegar a casa después del cansancio de la batalla; es la experiencia de quien puede decir: «¡Doy gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom. 7:25), y que ahora encuentra su deleite y su alimento solo en Él.

3.15 - Pesemos bien las cosas

¿Hay alguna ventaja en vivir según la carne? ¿Qué dice la Escritura al respecto?

«El pensamiento de la carne es muerte» (Rom. 8:6). «El que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción» (Gál. 6:8). Este es el resultado presente y la experiencia invariable de todos los que siembran para la carne. El momento de la siembra puede haber traído satisfacción, pero la cosecha ha producido esclavitud y dolor, arrepentimiento y muerte espiritual. «Si vivís según la carne, moriréis» (Rom. 8:13). Ese es el resultado final de ese camino.

Pero ¿cuál es la ventaja de vivir y caminar por el Espíritu?

«El pensamiento del Espíritu es vida y paz» (Rom. 8:6). «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Rom. 8:13). «El que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (Gál. 6:8).

Para continuar con nuestro estudio, puede ser útil comparar las obras de la carne y el fruto del Espíritu citando Gálatas 5:19-23:

- Las obras de la carne son: «Evidentes: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, peleas, celos, iras, rivalidades, divisiones, sectas, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas».

- Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio».

«El fruto de la luz [consiste] en toda bondad, justicia y verdad» (Efe. 5:9).

3.16 - La victoria final

Pero llegará el momento en que la carne ya no ejercerá su influencia. En efecto: «Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab» (Núm. 24:17). En su visión profética, Balaam anuncia el futuro dominio del Mesías sobre Moab. Cristo debe levantarse como la Estrella de la esperanza para su pueblo esclavizado, tomar el cetro y, gobernando con justicia, liberar para siempre a Israel de sus opresores. Lo que aún está por venir para Israel, debe cumplirse ahora mismo para nosotros. Jesucristo debe ser la Estrella que nos guía, nuestra luz, nuestra esperanza, el que nos conduce. Debe tener autoridad en nuestra vida. ¡Que así sea! Pongámoslo “en el trono” de nuestros corazones, coronémoslo con todo nuestro afecto. Que Él ocupe el primer lugar.

¡Que sea el Señor de todo!

4 - La victoria sobre el diablo

4.1 - Los cananeos

«Después de la muerte de Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová. Y Jehová los vendió en mano de Jabín rey de Canaán, el cual reinó en Hazor; y el capitán de su ejército se llamaba Sísara, el cual habitaba en Haroset-goim. Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, porque aquél tenía novecientos carros herrados, y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años. Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot; y acostumbraba sentarse bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Bet-el, en el monte de Efraín; y los hijos de Israel subían a ella a juicio. Y ella envió a llamar a Barac hijo de Abinoam, de Cedes de Neftalí, y le dijo: ¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel, diciendo: Ve, junta a tu gente en el monte de Tabor, y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón; y yo atraeré

hacia ti al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos? Barac le respondió: Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré. Ella dijo: Iré contigo; mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en mano de mujer venderá Jehová a Sísara. Y levantándose Débora, fue con Barac a Cedes. Y juntó Barac a Zabulón y a Neftalí en Cedes, y subió con diez mil hombres a su mando; y Débora subió con él. Y Heber ceneo, de los hijos de Hobab suegro de Moisés, se había apartado de los ceneos, y había plantado sus tiendas en el valle de Zaanaim, que está junto a Cedes. Vinieron, pues, a Sísara las nuevas de que Barac hijo de Abinoam había subido al monte de Tabor. Y reunió Sísara todos sus carros, novecientos carros herrados, con todo el pueblo que con él estaba, desde Haroset-goim hasta el arroyo de Cisón. Entonces Débora dijo a Barac: Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tus manos. ¿No ha salido Jehová delante de ti? Y Barac descendió del monte de Tabor, y diez mil hombres en pos de él. Y Jehová quebrantó a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie. Mas Barac siguió los carros y el ejército hasta Haroset-goim, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno» (Jueces 4:1-16).

Los cananeos, con Sísara como capitán de sus ejércitos, representan al diablo y su poder. En la victoria de Débora y Barac veremos cómo Satanás fue derrotado, y aún puede serlo.

Varias particularidades de este relato demuestran que ilustra el dominio del diablo y su derrota:

- Sísara era un gran líder. Sin embargo, su nombre significa «el que ata con cadenas». Sabemos muy bien que quien captura a los hombres es el mismo Satanás. Sísara fue finalmente derrotado por un instrumento que era muy débil en sí mismo: una mujer le aplastó el cráneo con una estaca de la tienda. El Señor Jesús, el descendiente de la mujer, aplastó la cabeza de la serpiente, pero los hombres lo despreciaron porque era manso y humilde. Su muerte era, a sus ojos, una prueba de debilidad y una locura, pero como dice un poeta cristiano:

*A través de una aparente derrota
Ganó el premio y la corona;
Pisoteó a todos nuestros enemigos
Al ser pisoteado Él mismo.*

- Fue una mujer quien entonó el cántico de alabanza tras la derrota de Sísara, lo que

relaciona nuestro relato con el de la derrota de Faraón en el mar Rojo y la de Goliat en el valle de Ela. Cada uno de estos acontecimientos pone de relieve la victoria del Señor sobre Satanás. Todos ellos tienen un punto notable en común: las mujeres reconocen la grandeza del triunfo. Cuando Faraón fue derrotado, «María... tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas. Y María les respondía: Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido» (Éx. 15:21). Tras la victoria sobre Goliat, «y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles, Y David a sus diez miles» (1 Sam. 18:7). Y en nuestro relato, tras la derrota de Sísara, Débora canta: «Yo cantaré a Jehová, cantaré salmos a Jehová, el Dios de Israel» (Jueces 5:3). Esto resalta la gracia de Dios de una manera maravillosa, ya que la mujer fue la primera en sucumbir a las artimañas de Satanás.

La mujer simboliza a la Iglesia, la Esposa del Cordero, compuesta por todos los que han creído en el Evangelio de nuestra salvación. Nadie apreciará tanto el triunfo del Señor sobre la muerte y el diablo como este pueblo de redimidos (su Iglesia), y son ellos los que entonarán el cántico de alabanza más completo y dulce. Probablemente los ángeles se regocijan por la derrota de Satanás; pero nosotros, que hemos sido engañados por sus mentiras y hemos conocido la amargura de su esclavitud, podemos apreciar mucho más realmente el triunfo que el Señor ha obtenido sobre él. Podemos decir: “¡Bendito sea el Señor!”. Porque «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom. 5:20).

- Por último, es en el cántico de Débora donde encontramos por primera vez en las Escrituras la expresión «lleva cautivo a tus prisioneros» (v. 12 NVI). Sin duda, esta afirmación hace referencia a la victoria del Señor sobre Satanás, de la que vamos a hablar ahora.

4.2 - ¿Cómo obra Satanás?

Es importante que comprendamos claramente cuál es la verdadera naturaleza de la obra de Satanás y cómo ha logrado esclavizar a toda la humanidad. Desde el principio, el objetivo de sus esfuerzos ha sido cegar a los hombres respecto al verdadero carácter de Dios, de modo que, en lugar de amarlo y alabarlo, lo odien y maldigan; y en lugar de caminar por el camino de su voluntad, vayan por los senderos oscuros y tortuosos a los que los llevan sus propios deseos. Por eso, en el relato que nos ocupa, no hay cánticos de alabanza hasta que Sísara es derrotado; y Débora debe confesar que, durante los 20 años de cautiverio de Israel bajo el rey de Canaán, «quedaron abandonados los caminos, y los que andaban por las sendas se apartaban

por senderos torcidos» (Jueces 5:6).

Sabemos que el hombre fue creado recto (Ecl. 7:29) y, mientras permaneció fiel a su Creador, tuvo en su poder todo lo necesario para hacer de su vida un himno de gozo continuo. Después de contemplar la obra de sus manos, Dios vio que todo era muy bueno, mientras su criatura más noble se presentaba ante Él como un instrumento de alabanza bien afinado. Pero Satanás logró, sin embargo, apartar al hombre de Dios, de la luz, de la libertad y de la alabanza. Contempló esta escena de gran belleza con ojos llenos de malicia; y con el fin de estropearla por completo, mintió acerca de Dios. Calumnió ante la mujer el carácter de Dios, demostrando así su derecho al título de «mentiroso y padre de mentira» (Juan 8:44). Su sugerencia fue la siguiente: “Transgredid el mandamiento de Dios y seréis dioses”, lo que significaba: Dios no es tan bueno como dice ser. Escuchadme y obtendréis para vosotros algo mejor que lo que Dios os ha dado; ponedme a mí en primer lugar y no os preocupéis por Dios y su voluntad.

La tentación tuvo éxito; nuestros primeros padres creyeron en la mentira. Según todas las apariencias, Dios había sido derrotado y Satanás triunfaba, ya que, del corazón del hombre, en el que Dios debería haber habitado, hizo su ciudadela y logró arrastrar a los hombres a su rebelión contra Dios. Hasta el día de hoy los mantiene cautivos, manteniéndolos en la oscuridad, porque leemos que «si aún nuestro evangelio está encubierto, lo está para los que se pierden, en los que el dios de este siglo ha deslumbrado el entendimiento de los incrédulos, para que no vean con claridad la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios» (2 Cor. 4:3-4). Nuestro Señor también declaró: «La semilla que cayó junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y quita de sus corazones la Palabra, para que no crean y se salven» (Lucas 8:12). Por lo tanto, está muy claro que, si Satanás adquirió su poder sobre los hombres al principio, fue cegándolos respecto al verdadero carácter de Dios. Y de la misma manera sigue manteniéndolos en esclavitud.

4.3 - ¿Cómo fue vencido el poder de Satanás?

En relación con la derrota de Sísara, encontramos 3 cosas esenciales. En primer lugar, tenemos a Débora: su nombre significa “actividad” o “como una abeja”. En segundo lugar, estaba casada con «Lapidot», cuyo nombre significa “luz”. Por último, en su cántico, encuentra un gran motivo de agradecimiento en el hecho de que el pueblo se ofreciera voluntariamente:

- «Por haberse ofrecido voluntariamente el pueblo, Load a Jehová» (Jueces 5:2).
- «Mi corazón es para vosotros, jefes de Israel, para los que voluntariamente os ofrecisteis entre el pueblo. Load a Jehová» (5:9).
- «El pueblo de Zabulón expuso su vida a la muerte» (5:18).

He aquí, pues, los 3 factores esenciales para obtener la victoria sobre Satanás: la luz, la actividad y una ofrenda voluntaria. Estos se vieron de manera muy valiosa en el Señor Jesucristo, quien así obtuvo una victoria completa sobre el diablo. En el Evangelio según Juan encontramos estas palabras: «Ahora será echado fuera el príncipe de este mundo» (Juan 12:31), y el mismo Evangelio nos presenta los 3 elementos que acabamos de mencionar:

- «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8:12; 9:5)
- «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo» (5:17). «Tengo que hacer las obras...» (9:4).
- «El buen pastor da su vida por las ovejas» (10:11). «Yo doy mi vida...» (10:17).

Las tinieblas morales significan la ignorancia de Dios; densas, cegaban al pueblo cuando Jesús vino a la tierra revelando el verdadero carácter de Dios y dando a conocer su corazón lleno de amor. Pero esta luz no era pasiva: resplandecía en todas las actividades del Hijo amado de Dios. La luz y la actividad se unían en él; de hecho, son inseparables. Sus obras y sus palabras estaban impregnadas de luz. Alimentó a la multitud que se desmayaba de hambre. Trajo alivio donde reinaba el dolor. Sanó a los enfermos y resucitó a los muertos. Bendijo a los niños y lloró por los pecadores; pero, en todas estas actividades, solo manifestaba el carácter de Dios. Sus palabras y sus obras eran todas las de su Padre; por eso podía decir: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9). En verdad, la luz que resplandecía a través de las actividades de su gracia tenía como objetivo liberar a los hombres de la tiranía de Satanás, que los había mantenido en la oscuridad y la ignorancia de Dios. Esa luz no brilló en vano, ya que algunas personas dijeron: «Vimos su gloria, gloria como del [Hijo] único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). Pero se necesitaba algo más que la manifestación de Dios en su vida: tenía que convertirse en una ofrenda voluntaria. Porque solo su muerte podía expulsar al príncipe de este mundo y quitarle el poder de la muerte (Hebr. 2:14). La luz del amor de Dios solo podía alcanzarnos a ustedes y a mí por medio de la muerte de Cristo. Pero en esa

muerte se combinaban la luz del amor, la actividad de una compasión infinita y un sacrificio de ofrenda voluntaria.

Recordemos una escena memorable: cuando Pilato sacó a Jesús, con la corona de espinas y la túnica púrpura, y, presentándolo a la multitud, exclamó: «¡He aquí el hombre!» (19:5), el mundo fue puesto a prueba. En ese momento crucial, ¿volvió para someterse a su Creador y manifestó ese regreso postrándose humildemente ante el Hijo de Dios que estaba delante de él? ¡No! Más bien, los hombres gritaron: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» (19:6). Entonces Pilato lo entregó para que fuera crucificado. «Tomaron a Jesús y se lo llevaron» (Juan 19:16). En este acto, en el que la rebelión alcanzó su punto álgido, vemos hasta qué punto Satanás dominaba a los hombres. Estaban tan completamente bajo su control que, sin dudarlo, perpetraron el asesinato de Aquel que era su Liberador.

Estoy convencido de que, si el Señor hubiera hecho uso de su poder y hubiera destruido con el aliento de su boca a esa multitud rebelde, engañada por Satanás, este último habría logrado su objetivo; los hombres habrían permanecido eternamente ignorantes del amor de Dios, y el pecado habría suplantado la gracia divina. Todas las potestades de las tinieblas se aliaron contra el Señor, y los hombres estaban tan cegados y dominados por esas mismas potestades que nada podía calmar ese frenesí, salvo Su amor. ¿Esperaba el diablo que cometieran así el pecado imperdonable? Al derramar su propio odio inveterado contra el Hijo de Dios, ¿esperaba arrastrar a toda la humanidad tras él a su propia ruina, irremediable y eterna? Sin embargo, ¡su derrota fue completa! Porque, en lugar de ver a Jesús manifestar su gloria como Juez de todos, leemos: «Él, llevando la cruz, salió al [lugar] llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota» (Juan 19:17). Salió y se fue, para que la sangre que los hombres pecadores estaban decididos a derramar pudiera ser eficaz para su redención.

«Se lo llevaron». Su culpa había alcanzado su punto culminante. «Salió». El amor divino obtuvo una gran victoria sobre el odio del hombre. El Señor no fue arrastrado ni llevado a la fuerza: «Salió». Nadie le quitó la vida: él la entregó por sí mismo. Los gritos de la multitud llegaron a sus oídos. Con santa sensibilidad, los sintió profundamente. Sin embargo, la idea de salvarse a sí mismo nunca se le pasó por la cabeza. En majestuosa soledad, salió llevando su cruz para cumplir la obra para la que había venido.

Sabía lo que la cruz, en su extrema amargura, iba a representar. No fue tomado por sorpresa, ni avanzó por un impulso momentáneo (Lucas 9:51). Durante la noche que pasó en el huerto de Getsemaní, contempló las tinieblas y midió plenamente

el precio que debía pagar. Había hablado de ello con Moisés y Elías en la montaña santa. Esa hora había sido planeada, en el plan secreto de la eternidad, mucho antes de su venida, y no podía echarse atrás. No se resistió ni se arrepintió de nada; cada paso que daba hacia el Gólgota sacudía el reino del diablo. Allí «lo crucificaron» ([Juan 19:18](#)): Cristo crucificado trae la respuesta de Dios a las mentiras del diablo en el Edén. «Porque Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» ([Juan 3:16](#)). Se propuso disipar las tinieblas y destruir el poder del diablo mediante la prueba poderosa y convincente de su amor por nosotros.

Satanás había hecho creer al hombre que Dios era un amo severo, que cosechaba donde no había sembrado ([Mat. 25:24](#)). Dios demostró que estaba lleno de amor al dar lo más excelente que había en el cielo, a su propio Hijo amado. Lo entregó para que llevara el castigo de nuestro pecado; cuando la gloriosa luz de ese amor brilla en los corazones de los hombres, estos son liberados de la esclavitud de Satanás. Al ser elevado Jesús en la cruz, toda la verdad fue revelada, y aquellos que creen en ella son atraídos hacia él. Él se ha convertido en nuestro gran centro de atracción, y ahora el diablo ya no nos tiene como su presa. La mentira ha sido desenmascarada, las tinieblas de la ignorancia se han disipado y Dios ha triunfado. Porque el príncipe de este mundo ha sido expulsado del corazón de los creyentes; ya no los tiene como su fortaleza. Se han entregado sin reservas a este Dios cuyo amor perfecto se ha demostrado en la cruz de Cristo.

¡Qué esplendor emana del Calvario! Por su gloriosa luz hemos sido despertados de nuestro sueño nocturno, como por la salida del sol matutino. Nos hemos visto obligados a exclamar: ¡Así que es verdad que Dios nos ha amado! La entrada de su Palabra ha producido la luz y, con ella, la libertad. Las tinieblas se rasgaron como una espesa cortina y la luz del día penetró en nuestras almas.

Ciertamente, la luz del amor divino nos hace escuchar una dulce melodía, la del cielo, y nos hace recuperar el cántico que perdimos en el jardín del Edén; solo que la música es más dulce, el tono más elevado y la alabanza más gloriosa y maravillosa. Mientras contemplamos a Aquel que ahora está en el trono, y en cuyo rostro resplandece toda la claridad de la gracia divina, nuestros corazones se mantienen al unísono y nuestras almas vibran de gratitud y alabanza ante el amor de Dios.

Tampoco tenemos la menor duda sobre la perfección del triunfo de Jesús, ya que resucitó de entre los muertos y nos dirigió sus gloriosas palabras: «No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto, y vivo por los siglos de

los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» ([Apoc. 1:17-18](#)).

Habiendo obtenido el Señor una victoria tan notoria sobre Satanás, los que han sido liberados de su poder tienen el privilegio de ser también victoriosos; son «más que vencedores, por medio de aquel que nos amó» ([Rom. 8:37](#)).

Volvamos al relato de la derrota de Sísara y veamos cómo podemos obtener la victoria.

4.4 - Barac «de Cedes»

Barak vivía en Cedes, que significa “santuario, lugar de refugio”. Cedes era, de hecho, la primera de las ciudades de refugio mencionadas en la Palabra ([Josué 20:7](#)); estas ciudades de refugio eran aquellas en las que los homicidas involuntarios en Israel podían refugiarse y vivir seguros. ¿Se vio Barak obligado a buscar refugio allí ante el vengador de la sangre? No podemos saberlo, pero es figurativamente desde Cedes desde donde salimos a hacer la guerra al Enemigo. Cristo es el verdadero antitipo de Cedes. El juicio que merecían nuestros pecados era la muerte, y el terror a la muerte nos mantenía esclavizados. Pero «huimos» hacia el único refugio, la única esperanza para los pecadores condenados a muerte: el Señor Jesucristo ([Hebr. 6:18](#)). En él tenemos la salvación y la liberación perfecta del temor a la muerte. El diablo ya no puede mantenernos esclavizados por el pensamiento de la muerte, porque Jesús murió para liberar «a todos los que, por el temor de la muerte, estaban sometidos a esclavitud durante toda su vida» ([Hebr. 2:15](#)). Y, estando a salvo en Cristo, habitando en el verdadero Cedes, podemos enfrentarnos con valentía al Enemigo y entonar el cántico de triunfo: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh Hades, tu victoria?» ([1 Cor. 15:55-56](#)).

Sin embargo, nuestro gran enemigo es astuto. Las actividades de Satanás son incansables, y nos tenderá más de una trampa para atraparnos. Si queremos ser vencedores, debemos estar sobrios y vigilantes.

4.5 - ¿Cómo vencer?

Algunos imaginan que el camino del cristiano es fácil. Piensan que, dado que el futuro está totalmente asegurado, ahora todo debe ser paz. Pueden soñar despiertos hasta llegar al cielo sin conocer ni problemas ni dificultades. ¡Qué error! Tenemos

paz con Dios y siempre podemos disfrutar de la paz de Dios en nuestras circunstancias. Pero no puede haber paz con el enemigo.

Se nos exhorta a lo siguiente:

- «Fortaleceos en el Señor... Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra los principados, contra las potestades...» (Efe. 6:10-12).
- «Ni deis ocasión al diablo» (Efe. 4:27).
- «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Sant. 4:7).
- «Resistid firmes en la fe» (1 Pe. 5:9).

No se trata de holgazanear en la cama, sino de ir al campo de batalla y, para ello, debemos estar bien equipados si queremos salir victoriosos en la batalla.

Recordemos que, en la victoria contra Sísara, ya se habían puesto de manifiesto 3 cosas: la luz, la actividad y el sacrificio voluntario. Estas se manifestaron a la perfección en el Señor, y nosotros debemos reproducirlas igualmente si queremos ser vencedores.

4.6 - La luz: vencedores del diablo por la Palabra de Dios

«Os escribí, jóvenes, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno» (1 Juan 2:14). Aquí está la luz. De hecho, la Escritura dice: «La exposición de tus palabras alumbra» (Sal. 119:130). Los jóvenes, en el sentido cristiano del término, conocen a Dios en su verdadero carácter. Esta luz está en ellos, los fortalece, los hace fuertes, de modo que el diablo no puede sacudirlos. Además, la Palabra de Dios los hace capaces de vencerlo y hacer que huya. El diablo solo puede derrotarnos utilizando las tinieblas y las mentiras, pero estas deben huir ante la luz y la verdad.

Las Escrituras deben ser el tema constante de nuestro estudio, y así podremos edificarnos a nosotros mismos sobre nuestra santísima fe (Judas 20). Entonces la verdad divina será nuestro refugio y nuestro escudo. Fue mediante la Palabra de Dios que Jesús venció al diablo; si esta está escondida en nuestros corazones, siempre la tendremos a nuestra disposición para enfrentarnos al enemigo.

Muchos cristianos, habiendo creído verdaderamente en el Salvador, siguen siendo terriblemente acosados por el diablo y se mantienen en la duda y el temor, porque no poseen la plena luz del Evangelio. Si fuera de otra manera, sus ataques serían en vano. Cuando Satanás le presentó a Lutero la larga lista de sus pecados, con la esperanza de derribarlo y asustarlo, su respuesta fue: «La sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7). Dado que esta preciosa verdad habitaba en él, fue capaz de triunfar sobre el diablo.

Otros, en tiempos de estrés y prueba, son atacados por el Enemigo de otra manera. Él quiere llevarlos a dudar del amor de Dios hacia ellos: “¿Cómo puede Dios amarme y permitir que me encuentre en circunstancias tan difíciles?”, pregunta que surge en muchos corazones. Un cristiano, ante tal tentación, exclamó un día: “Aunque me hiciera perecer, confiaré en Él”. Y el diablo huyó. Los cristianos que se enfrentan a esta tentación, ¿no deberían aferrarse firmemente a la idea de que son amados con un amor inquebrantable y todopoderoso, en lugar de dejar espacio para las dudas, los murmullos y las quejas en sus vidas? De este modo, Satanás no tendría ningún poder para hacerles dudar del Dios que conocen.

Recordemos que Satanás obtiene la victoria cuando nos lleva a dudar de Dios. Así triunfó en el jardín en Edén; así sigue triunfando; y solo en la medida en que la verdad divina permanezca en nosotros tendremos la fuerza para resistir sus ataques.

4.7 - La actividad: vencedores del diablo por la acción de la gracia divina

Habiendo sido ricamente bendecidos, ¿vamos a acomodarnos y disfrutar egoístamente de nuestra feliz suerte? ¡No! Hacerlo sería fallar completamente a lo que Dios espera de nosotros y demostrar así que Satanás ha ganado ventaja sobre nosotros: porque estamos llamados a manifestar aquí el carácter de Dios, y cuando lo falsificamos, Satanás triunfa.

«Como el Padre me envió a mí, yo también os envió» (Juan 20:21). Estas palabras son maravillosas para nosotros; establecen la elevada norma que rige nuestra vida en la tierra. La intención de Dios es que seamos guardados por los efectos de su gracia, manifestando su carácter precisamente en el lugar donde él nos ha colocado.

A algunas personas les gusta mucho citar Lucas 10:18-42 para contrastar a María, sentada a los pies de Jesús, con Marta, que se afanaba en servir; pero el relato se suele presentar bajo una luz falsa, lo que oscurece mucho su interpretación. Retro-

cedamos y consideremos las palabras del Señor que preceden a este incidente. En el versículo 37 hay 2 palabras, «ve» y «haz», que se encuentran entre las más cortas de nuestro idioma, pero que sin embargo tienen un significado muy fuerte. Son vigorosas y enérgicas; constituyen el mandato de Jesús. Pero él añade: «lo mismo», y si dejamos que el significado de estas 2 palabras penetre en nosotros, comprendemos inmediatamente la necesidad de sentarnos a los pies del Señor. ¿Cómo podríamos ir y hacer como él, si no hemos aprendido de él? En esto falló Marta. Ella había retenido las palabras «ve» y «haz», pero había olvidado el calificativo «así». En consecuencia, su servicio se vio arruinado por la preocupación y las contrariedades, y servía con un estado de ánimo malicioso e irritado. Sin duda, el lugar de María a los pies de Jesús debe ser el nuestro. Esa es la actitud que nuestra alma debería adoptar siempre. Estemos seguros de que quienes ocupan ese lugar serán los que se dediquen a las actividades de la gracia de Dios con mayor realidad y constancia.

Esta gracia debe manifestarse primero en nuestro círculo íntimo, entre los cristianos, de lo contrario nuestro servicio en el mundo se verá muy comprometido; y el diablo se esfuerza por hacernos tropezar precisamente en este círculo íntimo: esto queda claro en la Segunda Epístola de Pablo a los Corintios. Había en esa asamblea un hermano que había pecado gravemente, pero el arrepentimiento había hecho su obra; estaba lleno de tristeza y anhelaba recuperar el consuelo y la comunión de los hijos de Dios. Pero ellos, evidentemente, lo mantenían a distancia y no estaban dispuestos a perdonarlo. El ojo clarividente del apóstol ve en esta reticencia por su parte una artimaña de Satanás, y les escribe muy seriamente que den rienda suelta a la gracia, porque de lo contrario Satanás obtendría una ventaja. Si no hubieran actuado como Pablo les instaba a hacerlo, habrían fallado en manifestar el carácter de Dios. El hermano arrepentido se habría visto abrumado por la tristeza y Satanás habría triunfado en ambos bandos (2 Cor. 2).

Tal era el espíritu con el que el Señor quería que actuaran sus discípulos. Este hecho se impuso a Pedro cuando dijo: «Señor ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano si me ofende? ¿Hasta siete? Jesús le contestó: No te digo hasta siete; sino hasta 70 veces siete» (Mat. 18:21-22). No debe haber límite para las actividades de la gracia en este ámbito. No debemos cansarnos de hacer el bien, sino tener siempre presentes estas palabras: «Hasta 70 veces siete».

Seamos conscientes de que la dureza y el legalismo en nuestras relaciones con los demás representan victorias para Satanás. Recordemos también que la bondad, la paciencia y el amor son para la gloria de Dios.

Pero estas actividades también se manifiestan en la búsqueda del bien de las almas. Cuando Cristo ascendió al cielo, cumplió el cántico profético de Débora y llevó cautivo al cautiverio. Desde esa posición de poder, derramó dones sobre los hombres, para la edificación y el crecimiento de los suyos, a fin de que, a pesar de todos los esfuerzos del enemigo por derribarlos, y a pesar de su astucia y sus artimañas, no fueran engañados por él ni desviados de la verdad (Efe. 4:9-14). Está al alcance de todos los que están cerca del Señor compartir con otros pensamientos benéficos acerca de Cristo. El resultado será que el gozo sustituirá al desánimo en el corazón de los que escuchan, y las tentaciones de Satanás perderán así su atractivo.

También es nuestro privilegio seguir los pasos de Jesús, nuestro Señor y Modelo, y proporcionar a aquellos que han caído bajo el poder del diablo lo que puede liberarlos por completo. «¿Se le podrá quitar la presa al poderoso, o rescatar al cautivo del tirano?» (Is. 49:24). Esta pregunta se hizo hace mucho tiempo. Hoy tenemos la respuesta, porque el Evangelio del Hijo de Dios tiene un poder liberador, y cada alma salvada es una nueva porción de terreno arrebatada al dominio de Satanás y añadida al reino del Señor. Qué glorioso es ver, por un lado, la bandera negra arriada y al diablo expulsado de ese lugar y, por otro, al Señor tomar posesión de ese nuevo pedazo de territorio y utilizarlo como una posición elevada desde la que se pueden obtener nuevas victorias.

Esta es la obra del Señor, pero él se complace en confiarla a aquellos a quienes ha liberado, pues leemos:

- «¿Cómo oirán sin que alguien les predique?» (Rom. 10:14).
- «Hablaron de tal manera que una gran multitud de judíos y de griegos creyó» (Hec. 14:1).
- «El que hace volver a un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados» (Sant. 5:20).

Pero la lucha es real y encarnizada, porque el diablo disputará centímetro a centímetro el terreno que posee. Necesitamos comprender que nos enfrentamos a su poder, para no poner nuestra confianza en nuestra supuesta sabiduría o fuerza ilusoria, y volvernos solo hacia el Señor. Desearemos ardientemente proclamar las buenas nuevas, pero buscaremos constantemente la verdadera fuerza y sabiduría donde se encuentran, es decir, en la presencia del Señor, y así experimentaremos que la dependencia de Él solo es el camino a la victoria.

«Por lo demás, hermanos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los gobernadores del mundo de las tinieblas, contra las [huestes] espirituales de maldad en las regiones celestiales. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, después de haber superado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, teniendo los lomos ceñidos con [la] verdad, y vestidos con la coraza de la justicia, y calzados los pies para estar preparados a anunciar el Evangelio de la paz; y, sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el que podréis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; orando en el Espíritu mediante toda oración y petición, en todo momento, y velando para ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos, y por mí, para que cuando yo abra la boca, me sea dada la palabra para hacer conocer con desnudo el misterio del Evangelio*, por el que soy un embajador encadenado; para que en ello yo hable con desnudo, como es necesario que hable» (Efe. 6:10-20).

El Evangelio de la gracia de Dios abre el camino para lo que se deriva de él; con este objetivo en mente, se exhorta a los cristianos a luchar y orar, porque el resultado final de la proclamación del Evangelio será el triunfo de lo que Dios es en su naturaleza y en sus actos, y la derrota final del Enemigo.

«Maldecid a Meroz». Entre los que se dicen cristianos, ¿hay algunos indiferentes a este conflicto? Que escuchen estas solemnes palabras: «Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes» (Jueces 5:23). ¿Por qué, entonces, Rubén permaneció entre las barras de los establos mientras el conflicto se libraba? (vean el v. 16). ¿Por qué los cristianos de hoy, amantes de sus comodidades y placeres, permanecen «entre los rediles», mientras se proclama el glorioso Evangelio de Dios y se enfrenta a la oposición de todo el poder y la ingeniosidad de Satanás? Sin duda, donde existe tal indiferencia, las artimañas de Satanás han tenido éxito y es él quien lleva la ventaja. Que el Señor nos conceda la gracia de olvidarnos de nosotros mismos y de avanzar hacia el conflicto. Que seamos guiados por la luz que da el conocimiento de su Persona y de las actividades de su gracia, hasta que amanezca el día en que todos sus enemigos perecerán y los que le aman serán «como el sol cuando sale en su fuerza» (Jueces 5:31).

4.8 - El sacrificio voluntario: vencedores de Satanás mediante el «sacrificio» de nosotros mismos

Si el diablo no logra hacernos dudar del amor y de la bondad de Dios, y evitar que busquemos el bien de los demás, tratará de vencernos llevándonos a tener una alta opinión de nosotros mismos, a poner el yo en primer lugar en lugar de Dios. Esta fue la primera prueba evidente de que el hombre se había alejado de Dios en Edén. Eva pensó en sí misma y, cuando extendió la mano para tomar el fruto del árbol, demostró que había comenzado a amar más a sí misma que a Dios; desde ese triste día, esta actitud siempre ha sido natural en el hombre. De hecho, este es el argumento que Satanás esgrime ante Dios cuando afirma en presencia del Todopoderoso: «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia» (Job 2:4-5). Satanás había comprendido muy bien la naturaleza de la caída: sabía que los hombres se habían vuelto profundamente egoístas y que estarían dispuestos a sacrificar cualquier cosa, incluso a su Dios, para salvarse a sí mismos.

El Señor Jesús, nuestro modelo y guía, nos ofrece un ejemplo perfecto. Lo sacrificó todo voluntariamente, incluso su vida. Cuando Satanás lo tentó para que se compadeciera de sí mismo y rechazara la cruz, él continuó su maravilloso camino de perfecta devoción a Dios. Amaba al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas; y ante esa terrible tentación, su respuesta perfecta fue: «La copa que he dado mi Padre, ¿acaso no la he de beber?» (Juan 18:11).

A través de él, los creyentes obtienen la victoria, y Satanás pronto será quebrantado bajo sus pies (Rom. 16:20). El carácter de esta victoria nos está revelado claramente en Apocalipsis 12: «Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha llegado la salvación, y el poder, y el reino de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos; y no amaron sus vidas hasta la muerte» (v. 10-11). Se trata aquí de una victoria sobre Satanás; porque, a pesar de todas sus sutilezas y tentaciones, encontramos aquí a hombres que amaron a Dios más que a sí mismos y que voluntariamente dieron su vida por su testimonio. Dios era más para ellos que la vida misma. Este es el triunfo de Dios sobre Satanás en los corazones de los suyos. Aman a Dios, pero esto es resultado del amor que Él les ha manifestado mediante la sangre del Cordero. Esta sangre es para nosotros la garantía innegable de un amor capaz de superar toda oposición, un amor que no ha podido ser sumergido por las

aguas de la muerte. Y triunfa y cautiva tan bien sus corazones que ese amor, así como la verdad del Dios del que emana, lo es todo para ellos; todo lo demás no cuenta para nada. Así fue con los mártires, que cantaban sus cánticos de triunfo en medio de las llamas de la hoguera. Siempre será así, allí donde el amor de Dios abraza el corazón.

Pero ¿qué hay de nosotros? Hoy en día, no estamos llamados a ir, propiamente dicho, al martirio por el nombre de Cristo; sin embargo, es nuestro privilegio demostrar cada día que lo amamos más que a nosotros mismos. ¿No es ese el secreto para ser un verdadero discípulo? ¿No lo muestran claramente las palabras del Señor? «Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lucas 14:26-27).

«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi causa y por causa del Evangelio, la salvará» (Marcos 8:34-35). Aquí no se trata de renunciar a uno mismo, sino de abandonarse por completo, o de sacrificarse continuamente, ya que ese es el significado de la expresión llevar «la cruz». Al actuar así, al perder nuestra vida de esta manera, seguimos los pasos de Aquel que siempre fue victorioso. Como se ha dicho: “Él pisoteó a todos nuestros enemigos, siendo él mismo pisoteado».

Siguiendo este camino, somos más que vencedores por él. Alguien preguntó: ¿Qué significa ser “más que vencedor”? Se respondió: “Matar a 6 hombres y estar dispuesto a matar a un séptimo”. Pero ¿es esa la respuesta correcta? ¿Por supuesto que no! ¿Es exactamente lo contrario! Significa dejarse matar 6 veces y estar dispuesto a dejarse matar una vez más. «Por tu causa somos muertos todos los días; somos contados como ovejas de matadero» (Rom. 8:36). Cuando estamos dispuestos a sacrificarnos por él, obtenemos la victoria y Dios es glorificado en nosotros.

Pero fíjense en lo que precede y lo que sigue al versículo citado, y comprenderán el secreto de esta victoria. Verán cómo nosotros, que por naturaleza siempre estamos centrados en nosotros mismos, podemos regocijarnos en el sufrimiento. «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?» (v. 35). Ninguno de estos sufrimientos corporales puede separarnos de su amor, aunque a menudo nuestras almas pierdan la sensación de ello. Es entonces cuando nos sentimos abatidos y propensos a quejarnos de la prueba; y así es como Satanás obtiene una ventaja. Pero si nuestros corazones son

rectos y dependemos del Señor, nuestro gran Intercesor, las dificultades solo nos acercan más a él; así, llegamos a experimentar de nuevo la felicidad de este amor, que supera la mayor prueba.

En estas condiciones, podemos gloriarnos en la tribulación: entonces las lágrimas que derramamos se convierten en joyas preciosas, y estamos satisfechos y felices por la manera en que Dios actúa por nosotros. Somos verdaderos vencedores. A continuación, llega esta feliz conclusión: «Porque estoy persuadido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni poderes, ni cosas presentes, ni cosas por venir, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús nuestro Señor» ([Rom. 8:38-39](#)). Si el versículo 35 enumera los sufrimientos corporales, en los que necesitamos el amor de Cristo para sostenernos, los versículos 38 y 39 enumeran nuestros enemigos espirituales a los que Dios mismo se opone. No pueden separarnos de su amor, porque es más grande y poderoso que todos ellos. Todo el poder de estas realidades espirituales se había unido para separarnos del amor de Dios y mantenernos esclavizados, pero la cruz de Cristo destruyó su dominio. Y, por su precioso sacrificio, el amor de Dios nos ha puesto a salvo, a pesar de todos estos enemigos. Esto es un hecho cierto, por lo que no tenemos nada que temer. Que la luz de este amor sin igual llene y abrace nuestros corazones, para que estemos siempre dispuestos a morir todo el día por amor a Jesús. Así seremos más que vencedores por Aquel que nos ha amado.

5 - La victoria sobre las cosas terrenales

5.1 - Madián

«Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años. Y la mano de Madián prevaleció contra Israel. Y los hijos de Israel, por causa de los madianitas, se hicieron cuevas en los montes, y cavernas, y lugares fortificados. Pues sucedía que cuando Israel había sembrado, subían los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente contra ellos; subían y los atacaban. Y acampando contra ellos destruían los frutos de la tierra, hasta llegar a Gaza; y no dejaban qué comer en Israel, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Porque subían ellos y sus ganados, y venían con sus tiendas en grande multitud como langostas; ellos y sus camellos eran innumerables; así venían a la tierra para devastarla. De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián; y los hijos de

Israel clamaron a Jehová. Y cuando los hijos de Israel clamaron a Jehová, a causa de los madianitas, Jehová envió a los hijos de Israel un varón profeta, el cual les dijo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Yo os hice salir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre. Os libré de mano de los egipcios, y de mano de todos los que os afligieron, a los cuales eché de delante de vosotros, y os di su tierra; y os dije: Yo soy Jehová vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; pero no habéis obedecido a mi voz. Y vino el ángel de Jehová, y se sentó debajo de la encina que está en Ofra, la cual era de Joás abiezerita; y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas. Y el ángel de Jehová se le apareció, y le dijo: Jehová está contigo, varón esforzado y valiente. Y Gedeón le respondió: Ah, señor mío, si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado, diciendo: ¿No nos sacó Jehová de Egipto? Y ahora Jehová nos ha desamparado, y nos ha entregado en mano de los madianitas. Y mirándole Jehová, le dijo: Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envío yo? Entonces le respondió: Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre. Jehová le dijo: Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre» (Jueces 6:1-16).

5.2 - ¿Cómo vencer las cosas terrenales?

Los madianitas son una imagen llamativa de las cosas terrenales. Robaron a los israelitas el disfrute de la herencia que Dios les había dado y les hicieron la vida dura y miserable. Este es precisamente el efecto que producen las cosas terrenales en el cristiano cuando se deja dominar por ellas.

Sin embargo, estas cosas no son necesariamente malas o pecados graves. Hay cosas que pueden ser buenas y adecuadas, cuando se mantienen en su justo lugar. Las bendiciones temporales de Dios para con nosotros pueden formar parte de ellas. Pero si se convierten en nuestra prioridad en la vida, desplazan las realidades que conciernen a Cristo y al cielo; en consecuencia, la luz del sol deja de brillar en nuestra vida, el cántico se apaga en nuestros labios y la prosperidad de nuestra alma se ve comprometida.

Para resumirlo brevemente, las cosas terrenales representan las “preocupaciones”, las “riquezas”, los “placeres” y las “necesidades” de la vida. Incluyen lo dulce y lo amargo, la alegría y la tristeza, la prosperidad y las desgracias de nuestra existen-

cia. Se encuentran en el círculo familiar, social y profesional. Y, si la mente se deja absorber por ellas, la semilla de la Palabra se ahoga en el corazón y no da fruto. Esto queda claro en las palabras del Señor mismo: «La que cayó entre espinos son los que oyen y, siguiendo su camino, son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y su fruto no madura» (Lucas 8:14). «No os preocupéis por vuestra vida, por lo que comeréis, [...] por lo que habéis de comer, o de beber, ni estéis inquietos; [...] Antes, buscad su reino, y estas cosas os serán» (Lucas 12:22-31).

Los que no conocen a Dios y cuya visión se limita al presente, como las naciones del mundo, buscan estas cosas terrenales y temporales (Lucas 12:30). Pero, al igual que el águila extiende sus amplias alas y se eleva por encima de la tierra, bañada por la luminosa claridad del sol, el cristiano ha recibido el derecho y el poder de elevarse por encima de las cosas de la tierra, para disfrutar de los ricos tesoros de ese lugar donde Cristo ocupa el primer lugar. Si, en lugar de responder a este elevado llamado de Dios, se encuentra ocupado en lo terrenal, no produce fruto para Dios ni luz para los demás, porque el Señor vincula estrechamente estos 2 elementos (Lucas 8:15-16).

Las cosas terrenales se contraponen a las celestiales, y entre ellas existe una rivalidad constante. Las realidades celestiales y divinas pertenecen al cristiano, pero las cosas terrenales reclaman con demasiada frecuencia su atención; estas tratan de excluir de su corazón y de sus pensamientos lo que le pertenece por derecho. De ahí la necesidad de esta exhortación: «Si, pues, fuisteis resucitados con Cristo... Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:1-2). Los que se preocupan por las cosas temporales se encuentran en un estado lamentable, por muy cristianos que sean, ya que el apóstol se ve obligado a escribir: «Muchos andan, de quienes muchas veces decía, y ahora incluso llorando lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo; [...] los cuales piensan en lo terrenal. Porque nuestra ciudadanía está en los cielos» (Fil. 3:18-20).

5.3 - ¿Cómo trataron los madianitas a Israel?

«Y acampando contra ellos... no dejaban qué comer en Israel... y no dejaban vivas las cosechas en Israel... De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián» (Jueces 6:4-6).

«Y la mano de Madián prevaleció contra Israel. Y los hijos de Israel, por causa de los madianitas, se hicieron cuevas en los montes, y cavernas, y lugares fortificados» (Jueces 6:2). En resumen, se escondieron en la tierra. Dios los había establecido en

ese país para que fueran testigos de Él; y si hubieran andado en su camino, su luz habría seguido brillando con gran intensidad. Las otras naciones habrían aprendido así lo bueno que era tener al Dios de Israel. Sin embargo, cuando se escondían en las cuevas y en los agujeros de la tierra, no eran testigos de Dios. Del mismo modo, hoy en día, los hijos de Dios cuyas almas están dominadas por las cosas de la tierra no pueden brillar para Dios; su luz está oculta en lugar de estar colocada en el candelero para que todos la vean.

Dios había traído a su pueblo a esa tierra para que la disfrutara, y había experimentado que era una tierra que manaba leche y miel, una tierra de alegría y felicidad, donde el trigo crecía en abundancia y el ganado pastaba en verdes colinas. Pero cuando los madianitas invadieron el país y se establecieron en él, los israelitas lo perdieron todo porque sus enemigos llegaron como langostas devorando todo lo que crecía; el pueblo de Israel se vio muy empobrecido y completamente despojado de las bendiciones que Dios les había dado.

Cristianos, ¿se encuentran ustedes en una situación similar? Ustedes han permitido que las cosas de la tierra ocupen sus pensamientos y su corazón. Ellas han invadido el lugar, expulsando las cosas más brillantes y mejores. Pueden ustedes mirar atrás, a la época en que las realidades divinas relativas a Cristo eran el gozo y el deleite de sus almas. Pero han perdido el gusto por ellas; el Espíritu Santo se ha entristecido y sus almas se ha empobrecido enormemente. Ahora ya no tienen tiempo para disfrutar de una comunión apacible con Jehová porque han venido los madianitas con, «sus ganados, y venían con sus tiendas en grande multitud como langostas; ellos y sus camellos eran innumerables; así venían a la tierra para devastarla».

Es lamentable que este sea hoy el triste caso de miles de cristianos que antes eran espiritualmente prósperos. Han sido derrotados, no por pecados graves, ni siquiera por la mundanidad, sino por las “cosas de la tierra”. La familia, el trabajo, las contingencias de esta vida, hay que ocuparse de ellas, dicen. En consecuencia, descuidan las cosas que conciernen a Cristo, que les pertenecen como hijos de Dios.

De esta situación se derivan 3 consecuencias:

- No hay fruto para Dios.
- No hay luz para los demás.
- No hay alimento para ellos.

5.4 - El primer paso hacia la liberación

En su angustia, Israel clamó a Jehová por causa de los madianitas, y su clamor fue el comienzo de cosas mejores. Los israelitas tuvieron que reconocer que, si Dios no les ayudaba, no había esperanza para ellos; todos debemos aprender esta gran lección. Nunca repetiremos lo suficiente que la liberación, en cada una de sus etapas, debe venir de Dios; para nada sirven nuestros propios esfuerzos. Quizás hayan intentado varias veces liberarse del yugo de las cosas terrenales, pero en vano. Si han llegado al límite de sus propios esfuerzos, están donde Dios puede bendecirles, porque cuando no tienen recursos, Dios puede intervenir; y Sus medios son infinitos. Si sus almas están empobrecidas, clamen a él. Él no cambia; es su propia conducta la que ha atraído el desastre sobre ustedes, al igual que los israelitas sufrieron por su propia desobediencia ([Jueces 6:10](#)).

En respuesta a su clamor de angustia, Dios les suscitó un salvador, o libertador, del que tenemos una descripción muy interesante e instructiva. Nos gustaría llamar la atención de los lectores sobre su carácter y su conducta, que destacan claramente:

- Consigue apartar para sí mismo algunos productos del país, de los que el resto del pueblo de Israel ha sido robado.
- Está muy preocupado por la situación del pueblo de Dios.
- Tiene poca estima de sí mismo.
- Los principales acontecimientos que condujeron a su victoria tuvieron lugar de noche o en secreto.

1. Nos encontramos con Gedeón por primera vez mientras trilla trigo en el lagar para que los madianitas no lo descubran. Este trigo pertenece por derecho al pueblo, ya que es el producto de la tierra que Dios les ha dado; para nosotros representa a Cristo. Israel ha sido privado de su sustento, pero Gedeón ha logrado poner al menos una parte a salvo de los ladrones. Es evidente que valora lo que conserva con tanto cuidado y, en la medida de lo posible, no quiere que se lo roben. Es a un hombre así a quien Jehová puede revelarse y llamar «varón esforzado y valiente», porque Gedeón está en camino hacia la victoria final.

¿Tiene Cristo valor para ustedes? ¿Suelen retirarse a un lugar secreto, lejos del estrés y las preocupaciones de la vida cotidiana, con el fin de alimentarse de él y de lo que le concierne, y que es la parte de ustedes?

¿Se verán obligados a admitir que no tienen tiempo para Él? ¿Que, desde que amanece hasta que anochece, están completamente absortos en las tareas cotidianas? Entonces, sin duda, se encuentran bajo el yugo opresivo de ese enemigo de sus almas, altamente tiránico, que son las cosas terrenales.

Tómense el tiempo para alimentarse de Cristo en secreto. Pronto se darán cuenta del bien que les hace. Los días serán más serenos, las cargas menos pesadas, sus espíritus menos oprimidos. Quizás sus rostros pierdan sus expresiones inquietas. En resumen, se abrirá una nueva era para ustedes, si realmente se toman la molestia de apartarse para sacudir «el trigo en el lagar» en la intimidad de la presencia de Dios. Tendrán que preservar celosamente estos momentos de paz, porque si se les deja hacer, las preocupaciones de la tierra tratarán de entrometerse en los momentos más sagrados.

Mientras Gedeón trilla el trigo, se le aparece el Ángel de Jehová con un saludo que lo hace estremecer: «Jehová está contigo, varón esforzado y valiente». Solo a quien ha sido capaz de mantenerse firme en lo que Dios le ha dado se le puede dirigir un saludo así.

2. Sin embargo, el saludo del Ángel no llenó a Gedeón de gozo. Piensa en el estado del país y expresa su profunda preocupación al respecto. Los días ya no son lo que eran; él lo siente profundamente. Todo parece indicar que Jehová ha olvidado a su pueblo, y este hecho le preocupa enormemente. Tiene trigo para sí mismo, pero no puede conformarse con tenerlo solo para él, permaneciendo indiferente ante el empobrecimiento de la herencia de Dios.

Jehová lo mira con evidente satisfacción y le dice: «Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envío yo?» (Jueces 6:14).

Quien trata con Dios con rectitud siente dolorosamente que muchos creyentes son frívolos y se da cuenta de cuán poco se conocen y aprecian las realidades que conciernen a Cristo. Al sentir esto, ¡no se conformará con “comer su porción” solo! ¡Al contrario! Hacerlo significaría alejarse mucho de los pensamientos de Dios. No podemos separarnos, en nuestros pensamientos, del resto del pueblo de Dios. Su pobreza y sus penas son también las nuestras.

Gedeón se niega a separarse del resto del pueblo, porque cuando Jehová le dice: «Jehová está contigo», Gedeón responde: «Si Jehová está con nosotros...». Cuanto más apegados estemos a Cristo, más amaremos a su pueblo y más anhelaremos la liberación de todos los que están bajo el yugo de la esclavitud.

3. El tercer rasgo del carácter de Gedeón es su baja autoestima. No se jacta de la forma en que se dirigen a él, sino que habla más bien de la pobreza de su familia y de su propia insignificancia; esto lo designa naturalmente como un vaso elegido para Jehová. Así, lo que ya se había anunciado ahora puede confirmarse: «Derrotarás a los madianitas como a un solo hombre».

Hay 3 cosas que siempre van juntas y que demuestran una marca distintiva de la gracia de Dios en los suyos: 1. El aprecio por Cristo; 2. El amor y la solicitud por su pueblo; 3. La humildad.

5.5 - Reconocer los derechos de Dios

Gedeón aún desconoce la identidad de Aquel que conversa con él. Pero es hermoso ver que, en el momento oportuno, sabe traer panes sin levadura, un efa de harina y un cabrito. Jehová acepta su ofrenda y le dice: «No tengas temor, no morirás». A una luz creciente, responden una fe y un vigor espiritual crecientes por parte de Gedeón, ya que construye un altar a Jehová y lo llama «Jehová-salom», que significa “Jehová de paz”. Se basa en las propias palabras de gracia de Dios hacia él y reclama la paz para todos.

El hecho de construir este altar significa que deben reconocerse los derechos de Dios, esos derechos que le han sido negados durante tanto tiempo, y solo cuando se reconocen puede Él dar la paz.

Dios puede usar a un hombre así para liberar a su pueblo. Los rasgos de gracia y fe que vemos en Gedeón son representativos del estado que debe caracterizarnos si queremos conocer la liberación y ser instrumentos para liberar a otros. El hombre cuya alma se alimenta de las cosas del cielo será un adorador de Dios, porque su corazón estará lleno de cosas divinas. Ese mismo hombre también puede construir un altar con la intención, puesta por Dios en su corazón, de devolver a Dios lo que le pertenece. ¡Y tampoco gastará sus pensamientos, su corazón y su tiempo ocupándose de las cosas de esta tierra!

Hasta ahora, las actividades y los progresos de Gedeón se han desarrollado en secreto y en presencia de Dios. Ahora llegamos a su primera acción contra el dominio del enemigo. Se había erigido en el país un altar al falso dios «Baal»; por esta razón, Israel sufría la tiranía de los madianitas. Baal es el dios del sol. El sol es lo que domina el día. El altar de Baal establecido en el país simboliza el ascendiente que ejercen las cosas de la tierra sobre los corazones y las mentes del pueblo de Dios.

Debe desaparecer para dar paso al altar de Dios, porque los 2 no pueden coexistir.

En la Epístola que nos exhorta a dirigir nuestros afectos hacia lo que está arriba y no hacia lo que está en la tierra, leemos: «para que en todo él (Cristo) tenga la preeminencia» (Col. 1:18). Si queremos ser libres de toda esclavitud y caminar en libertad, Cristo debe tener el primer lugar. Cristianos, ¿resuena esto en sus corazones? El Señor es realmente digno de ese lugar, y si se dice «en todo», es también en sus corazones y en sus vidas. Si las influencias de la época y las realidades de la vida ejercen su ascendencia sobre ustedes, las cosas que conciernen a Cristo quedan inevitablemente relegadas. El falso dios «Baal» ejerce su dominio sobre sus vidas y, en consecuencia, están sin alegría y sin fruto. Destruyan ese altar, destrúyanlo sin demora, y denle todo el lugar a Cristo. «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1 Juan 5:21).

Pero, tengan en cuenta que es el hombre que ha estado en relación con Dios en silencio el que puede derribar el altar idólatra. Nadie tiene poder contra el Enemigo a menos que haya pasado tiempo con Dios en secreto.

5.6 - Una necesidad absoluta

Pasemos ahora al interesante incidente que se nos relata al final del capítulo 6 (v. 33-40). Los madianitas (figura de las cosas terrenales), con sus aliados los amalecitas (figura de la carne), vienen a luchar contra Gedeón. Es algo natural, y lo mismo ocurre hoy en día. Pueden estar seguros de que, si las aspiraciones de sus corazones están puestas en el cielo, tendrán que luchar contra estas 2 potencias; porque la carne no tiene ningún interés por las cosas que conciernen a Cristo, sino que, por el contrario, encuentra su satisfacción en las cosas de la tierra.

Pero Gedeón no se asusta. Toca la trompeta como advertencia y reúne al pueblo de Dios. Sin embargo, antes de ir a la batalla, necesita volver a hablar con Dios a solas. En la intimidad de la presencia divina, pide que se cumpla una señal, pero de un tipo muy particular. Una señal insignificante, dirán los burlones al criticarla. Nosotros respondemos: ¡una señal esencial para nosotros, si queremos ser vencedores! Gedeón pide que el vellón se sature de rocío y que la tierra se quede sin él: «... si el rocío estuviere en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra». Lo que caracteriza a un animal es su vellón. Así, el vellón representa nuestro carácter exterior en este mundo. Pero recordemos que este carácter está formado por lo que hay en nuestro interior, por lo que ocupa nuestro corazón y nuestra mente.

¿Estamos dispuestos a decirle a Dios?: “Que el rocío esté sobre el vellón”, es decir, “que seamos saciados, sumergidos, caracterizados por completo por lo que la tierra no posee”. Sin duda, se trata de Cristo. Solo en la medida en que nuestros corazones y nuestras mentes se alimenten de Él, llevaremos el carácter celestial y nos distinguiremos claramente de lo que proviene de la tierra. Me dirán que ese es su deseo, pero que todos sus esfuerzos por lograrlo han sido totalmente vanos. Permítanme asegurarles que sus esfuerzos siempre serán inútiles. No pueden hacer un milagro y producir lo que solo el poder de Dios puede lograr.

Gedeón no se propone hacerlo por sí mismo. Entrega el vellón a Dios y le pide que actúe. Este es el secreto: «Ofreco... a Dios» ([Rom. 6:13](#)). Experimentarán que lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. Él se complace, en perfecta gracia y por el poder del Espíritu, en llenar nuestros corazones y nuestras mentes de Cristo, para que podamos llevar sus características a un mundo que no quiere saber nada de Él. Pero Gedeón hace más que entregar el vellón a Dios. Al mismo tiempo, muestra energía y el deseo de ser escuchados, ya que se levanta temprano por la mañana para ver la respuesta de Dios a su oración.

Que Dios nos conceda manifestar la misma energía en relación con nuestras necesidades espirituales. Muy a menudo (por desgracia, ¡demasiado a menudo!) nos contentamos con desear algo y orar. Está muy bien, pero debemos ir más allá. Debemos abandonarnos a Dios. Nada puede sustituir eso. A continuación, debemos buscar su rostro con seriedad y esperar las respuestas.

Gedeón tenía otra petición que presentar antes de ir al campo de batalla. Quería que el vellón estuviera seco y toda la tierra mojada. Es el aspecto negativo de la cosa, que sigue naturalmente al lado positivo. Para nosotros, esto significa que debemos permanecer independientes, de corazón y de carácter, de aquello con lo que se riega la tierra; sus máximas, sus principios, sus esperanzas y sus aspiraciones no deben tener cabida en nuestras vidas. La cruz de Jesús nos ha separado de ellos, y debemos liberarnos de ellos en la práctica, si queremos representarlo dignamente.

Es interesante observar que estas peticiones se expresaron en el lugar donde Gedeón se encontró con Jehová por primera vez y donde mostró cuánto apreciaba las bendiciones de Dios. Para nosotros, tengamos la seguridad de que tales deseos surgen naturalmente de alimentarnos de Cristo en la presencia de Dios, lejos de las influencias del día y de la intrusión de las cosas terrenales.

A partir de ese momento, Gedeón avanza hacia la victoria. Había tratado mucho con Dios en secreto y, gracias a la fuerza, el valor y la sabiduría adquiridos allí, es

capaz de trazar su plan de campaña contra el enemigo.

Pero aún nos quedan otras lecciones que aprender antes de llegar a la liberación final del pueblo, y estas no hacen más que confirmar lo que ya hemos dicho.

5.7 - El pueblo puesto a prueba

El pueblo es demasiado numeroso y corre el riesgo de atribuirse el mérito de la victoria y caer así en una situación aún peor que en la que se encuentra. Más de 2 tercios del pueblo son cobardes. Les importa más su propia piel que la lucha de Jehová y se conforman con volver a sus hogares. ¿Nos escondemos ante los ejercicios del alma? ¿Preferimos nuestras comodidades y nuestro confort al conflicto que debemos afrontar si queremos ser vencedores? Podemos asistir a reuniones y servicios religiosos, leer y debatir temas doctrinales, pero ¿se han fortalecido nuestras almas con el valor que Dios nos da? Si no es así, no somos aptos para la lucha; y mientras nuestras almas no estén realmente revitalizadas, estamos descalificados.

Quedan, pues, 10.000, que no son cobardes como sus compañeros. Pero, en su mayor parte, no se encuentran en condiciones de ser utilizados por Dios. Él los somete a una prueba adicional más difícil.

«Llévalos a las aguas, y allí te los probaré» ([Jueces 7:4](#)), ordena Dios. El agua es una de las mayores bendiciones de Dios y, en esta ocasión, se pone a disposición del ejército una provisión abundante. La forma en que los soldados la utilizan determina su aptitud para ser o no combatientes de Dios. 9.700 hombres se arrodillan para tomar todo lo que pueden y parecen olvidar temporalmente la batalla. Por el contrario, 300 hombres toman solo lo necesario para satisfacer la necesidad del momento, y nada más; para ellos, la batalla de Jehová es su prioridad y todo lo demás lo consideran secundario.

5.8 - Un uso adecuado de las bendiciones divinas

Este pasaje nos revela cómo hacer un buen uso de las bendiciones de Dios. Necesitamos comida, ropa y alojamiento, y todas estas cosas están a nuestra disposición. ¿Cómo las consideramos? Si nuestro objetivo es adquirir tantas como sea posible, nos hemos convertido en sus siervos. Si empezamos a preocuparnos por las cosas terrenales, formamos parte de aquellos que son incapaces de enfrentarse al Enemigo.

Pero si, por el contrario, solo usamos estas cosas como gracias de Dios hacia nosotros y nos sentimos satisfechos con ellas, recordando que no estamos aquí para acumular tesoros en la tierra, sino para dar testimonio del Señor, entonces demostraremos que somos vasos aptos para su servicio.

Este loable rasgo de carácter se manifiesta también en los 300 valientes soldados, ya que llevan sus provisiones en las manos. Toman lo suficiente para sus necesidades, y nada más. Son hombres aptos para la guerra, que no quieren enredarse «en los negocios de la vida» (2 Tim. 2:4).

5.9 - Las municiones para la guerra

Es un ejército extrañamente equipado para el combate. Las armas de estos soldados no se parecen en nada a las armas tradicionales y sus tácticas no se podrían haber aprendido en las escuelas militares. Sin embargo, son hombres sencillos, obedientes y, sobre todo, confiados, y eso es todo lo que se les exige.

Estos hombres tienen un solo objetivo, y su mirada está fija en su líder, cuya orden es: «Miradme a mí, y haced como hago yo» (Jueces 7:17). Si hubieran mirado a los soldados enemigos, su número los habría desanimado. Pero no tenían por qué hacerlo, porque el líder que Dios les ha dado reclama su atención y exige su obediencia. Mientras miran hacia él, «Estuvieron firmes cada uno en su puesto» (Jueces 7:21); y, al hacerlo, forman una compañía unida y cohesionada.

Sus armas de guerra son extrañas: trompetas, jarras destinadas únicamente a ser rotas y antorchas. No llevan espadas de acero templado, pero su grito de guerra es glorioso y demuestra que son hombres seguros de la victoria. Y, efectivamente, no se sienten decepcionados, porque cuando gritan «¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!», todo el ejército de Madián «echó a correr dando gritos y huyendo» (Jueces 7:20-21).

En la Segunda Epístola de Pablo a Timoteo, tenemos la contrapartida del Nuevo Testamento sobre este tema. Esta Epístola ha sido calificada de sombría, y ciertamente tiene un aspecto preocupante, ya que en ella vemos el terrible abandono de la verdad por parte de la iglesia profesante, triste consecuencia de la búsqueda de las cosas terrenales.

La situación descrita en el tercer capítulo de esta Epístola difícilmente podría ser peor. Y, sin embargo, tenemos aquí una descripción del estado actual de la cristian-

dad. Si ponemos nuestras esperanzas, o buscamos nuestro refugio o salvación en la Iglesia o en alguna de sus confesiones, entonces estamos perdidos. Pero Pablo no mira en esa dirección: mira más allá de esta escena de conflicto y ruina, y fija sus ojos en un Cristo resucitado a la diestra de Dios. Es esta mirada firme hacia Cristo lo que hace de su vida un triunfo continuo. Desde esta perspectiva, esta Epístola es una de las más brillantes del Libro Sagrado, ya que la decadencia del hombre solo sirve para resaltar la fidelidad del Señor y su inmutable estabilidad.

5.10 - El grito de guerra de Pablo

Por lo tanto, Pablo tiene un grito de guerra, exactamente igual que Gedeón. Puede presentarse como vinculado al testimonio del Señor y exclamar: «No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero» (2 Tim. 1:8). Y con tal grito de guerra, declara: «No me avergüenzo, porque sé a quién he creído, y estoy convencido que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día» (2 Tim. 1:12). Al final de la batalla, también puede decir: «He combatido la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe» (2 Tim. 4:7).

Al igual que los hombres de Gedeón, Pablo se mantiene firme en su puesto porque conoce el poder y la gracia de su Jefe, que ha destruido al enemigo y ha vencido a la muerte. Si recordamos a Jesucristo, resucitado de entre los muertos, y fijamos nuestros ojos en Aquel en quien todos los planes benditos de Dios están asegurados, tengamos la certeza de que también nosotros seremos capaces de permanecer «cada uno en su puesto». No conoceremos el miedo, el temor ni el desánimo, porque nuestros corazones estarán sostenidos por el triunfo del Señor. Y, manteniéndonos así en nuestro lugar, haremos resonar con confianza el grito de guerra del cristiano.

5.11 - El testimonio del Señor

Es la proclamación del gran hecho de que nadie puede impedir que Dios haga lo que quiere, y que el cumplimiento de todo su plan de gracia está en la mano firme de Aquel que ha anulado el poder de la muerte. En resumen, es el glorioso Evangelio de Dios acerca de su Hijo, el Hombre resucitado, a través del cual se cumplirá toda la voluntad de Dios. El conocimiento de este Evangelio nos hace triunfantes, y lo predicamos sin vergüenza, porque su tema no somos nosotros, sino Cristo; no es la Iglesia, sino su poderoso Salvador, el Hijo de Dios.

Que seamos verdaderamente gobernados por un espíritu de amor, poder y sensatez (2 Tim. 1:7), para difundir con determinación este glorioso mensaje. Podemos sentirnos confundidos por el estado de la Iglesia como testigo de Cristo en la tierra y por nuestra triste condición. Pero nunca tendremos que sentirnos confundidos por este mensaje, porque es el poder y la sabiduría mismos de Dios.

5.12 - Las jarras y las antorchas

Los hombres que gritaron «¡La espada de Jehová y de Gedeón!» (Jueces 7:20) sostenían sus antorchas en jarras de barro que rompieron para que la luz pudiera brillar. El resplandor de esta luz en la oscuridad debe acompañar al grito de guerra y al sonido de las trompetas. Encontramos una alusión a esta escena en 2 Corintios 4:7. Los creyentes poseen un tesoro maravilloso: el conocimiento de Dios en sus corazones. Es del rostro de Jesucristo de donde emana la luz en toda su perfección, y esta luz ha brillado en nuestros corazones (v. 6). Pero si esto es así, es para que resplandezca en el exterior. La luz no debe ocultarse. Debe brillar en el exterior, desde las vasijas de barro que la contienen. Solo el poder de Dios nos hace capaces de ello, nuestros esfuerzos son totalmente vanos.

La luz resplandece en Pablo, y su forma de vivir está en consonancia con el testimonio que da. Si predica que toda bendición se encuentra en Cristo en la gloria, no busca esa bendición en la tierra. No mira las cosas que se ven, sino las que no se ven. Son las realidades eternas, y no las cosas temporales, las que gobiernan su alma; por eso es verdaderamente un vencedor, que disfruta de la liberación para sí mismo y es capaz de ser también un instrumento para liberar a otros.

Hacer brillar la luz y dar testimonio deben ir de la mano. A eso nos ha llamado el Señor, y es nuestro privilegio reclamar el nombre del Señor y su testimonio. Pero no olvidemos que, si estamos ocupados con las cosas terrenales, la luz se oscurecerá y dejaremos de preocuparnos por el testimonio del Señor.

Los siguientes factores contribuyeron a la victoria del ejército de Gedeón sobre el enemigo:

- Son hombres valientes (7:3).
- Se contentan con tomar solo lo que necesitan (v. 6).
- Son obedientes a su jefe (v. 17).

- Dejaron que brotara la luz contenida en las jarras (v. 20).
- Lanzaron el grito de guerra (v. 20).
- Cada uno se mantiene en su lugar (v. 21).

¡Que Dios nos conceda caracterizarnos por las mismas cualidades!

5.13 - Una advertencia

La historia de Gedeón contiene muchas otras lecciones instructivas y de gran interés, pero no entran en el marco de nuestro tema. Sin embargo, retengamos una en particular como advertencia.

Los israelitas querían proclamar a Gedeón como su rey; hablan de él como su libertador y no parecen haber atribuido toda la victoria a Dios (8:22). La historia se repite, porque el corazón del hombre es el mismo; y, en la Iglesia, muchos han caído en esta trampa. Dios eligió a algunos hombres para ayudar y liberar a su pueblo, y muchos los admiraron, los siguieron e incluso llegaron a nombrarse a sí mismos con el nombre del siervo que Dios había utilizado, convirtiéndolo así en su rey. A este respecto, los capítulos 1 y 3 de la Primera Epístola a los Corintios nos advierten, y esta recomendación es más necesaria que nunca hoy en día. Porque en lugar de mirar al Señor y aferrarse solo a él, la gran mayoría de los cristianos busca aquí y allá a alguien a quien pueda llamar “el hombre de Dios” del momento, y que le proporcione luz y dirección. Gedeón se mantuvo firme en esta prueba y dijo: «Jehová señoreará sobre vosotros» (Jueces 8:23).

Los hombres de Siquem no hicieron caso de las sabias palabras de Gedeón, ya que, a su muerte, entronizaron a su hijo Abimelec. Al final, él los destruyó y ellos hicieron lo mismo con él.

El capítulo 9 de Jueces nos relata los amargos frutos que cosecharon el orgullo de Abimelec y la locura del pueblo. Nos advierte que no debemos poner nuestra confianza en el hombre —la espina de la parábola de Jotam— y, en particular, cuando se trata de las cosas de Dios.

Solo el Señor nos basta. Su amor, su gracia y su poder nunca nos fallarán. Él es la verdadera vid, el olivo y la higuera de los que habla Jotam, en contraste con la espina inútil. Sí, todo lo que su pueblo necesita se encuentra en Él.

¡Que encontremos en él nuestra satisfacción y triunfemos en su nombre!

6 - La religión de la carne

6.1 - Los filisteos

«Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años. Y había un hombre de Zora, de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoa; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos. A esta mujer apareció el ángel de Jehová, y le dijo: He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo. Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda. Pues he aquí que concebirás y darás a luz un hijo; y navaja no pasará sobre su cabeza, porque el niño será nazareo a Dios desde su nacimiento, y él comenzará a salvar a Israel de mano de los filisteos» (Jueces 13:1-5).

6.2 - ¿Cómo vencer la religión de la carne?

Estos filisteos, que mantuvieron a Israel en tal esclavitud y los redujeron a tal estado de miseria y pobreza, ¿quiénes son y de qué nos hablan?

Vinieron de Egipto ([Gén. 10:13-14](#)), lo dejaron atrás y entraron en la tierra que Dios prometió a su pueblo; pero no lo hicieron por el camino indicado por Dios. Tomando un atajo fácil, evitaron el mar Rojo y el Jordán, que prefiguran la liberación y la bendición que traen la muerte y la resurrección de Cristo, ya que estos 2 episodios no tienen cabida en su historia. Se encuentran en la tierra del pueblo de Dios, pero no tomaron el camino ordenado por Dios para entrar en ella ([Éx. 13:17](#)). En realidad, no tienen ningún derecho sobre esa tierra, porque Dios la destinó a Israel ([Deut. 32:8-9](#)).

Representan al cristianismo asociado al mundo, la religión adaptada al gusto de los incrédulos. Corresponden a la religión carnal o a lo que podríamos llamar el cristianismo secular, una religión llamada cristiana que se ha hecho aceptable para la carne y el mundo. El ritualismo* y el modernismo son algunos de los filisteos de nuestro siglo. Las supersticiones y las filosofías paganas han invadido el ámbito de la fe y han convertido la Casa de Dios en una casa grande con vasos mezclados ([2 Tim. 2](#)). Y oprimen cruelmente a los verdaderos hijos de Dios. Se acercan a Dios con los labios, pero no quieren saber nada de los ejercicios del corazón y de la vida espiritual que marcaron los avivamientos de antaño. Pretenden ser hijos de Dios,

pero no tienen ningún derecho a entrar en esa relación, porque no han recibido al Hijo único y amado de Dios por la fe, y nunca han nacido de nuevo (Juan 1:12-13). Tienen apariencia de piedad, pero han negado su poder (2 Tim. 3:5).

*El ritualismo es una corriente teológica del siglo 19 defendida por la Alta Iglesia Anglicana, que deseaba recuperar entre los fieles una vocación perdida y atraerlos mediante ceremonias ostentosas. El modernismo es una crisis religiosa que marcó el final del siglo 19 y el comienzo del siglo 20, cuyo objetivo era “recuperar” el retraso de la Iglesia en el ámbito doctrinal para adaptarla a las exigencias de las ciencias profanas.

Estos movimientos siguen vigentes hoy en día y siguen constituyendo un peligro real. El ritualismo sigue presente en el protestantismo: se trata de “reavivar” la piedad mediante el recurso a ritos y formas suntuosas y atractivas, acercándose así al catolicismo; estas formas externas ponen en duda el culto en espíritu y en verdad. En cuanto al modernismo, surgido del racionalismo alemán de finales del siglo 19, sigue siendo un sistema de incredulidad cuya declaración eleva la razón y la experiencia humanas por encima de la norma dada por la Biblia.

6.3 - Un rasgo notable

Hay un rasgo característico en la historia de estos filisteos, y es su afán por apoderarse y luego destruir las posesiones más preciadas del pueblo de Dios. No voy a entrar en el hecho de que tanto Abraham como Isaac estuvieron en peligro de que los filisteos les robaran a sus mujeres (Gén. 20:26), ya que estos incidentes se produjeron debido a su falta de valor y de fe en Dios; pero el capítulo 21 (v. 25, 32) nos dice que los filisteos se apoderaron violentamente de uno de los pozos de Abraham, y el capítulo 26, que llenaron de tierra los pozos de agua que el patriarca había cavado. Fue un acto deliberado de malicia por envidia hacia Isaac.

Más tarde, cuando Isaac cavó otros pozos, los reclamaron y lucharon por ellos. Estos pozos eran esenciales para la vida de los patriarcas y sus familias. Juan 4 y 7 nos permiten ver en ello una imagen del Espíritu Santo que nos ha sido dado y que es indispensable para la vida del pueblo de Dios hoy en día. Pero ¿qué lugar ocupa el Espíritu Santo en la religión de la carne de nuestros días?

Donde prevalecen las supersticiones de la corriente ritualista, las críticas blasfemas y las dudas científicas (de los modernistas y los liberales), el Espíritu se entristece y se apaga. ¡Los pozos se llenan de tierra! El Espíritu tampoco tiene cabida en un

formalismo muerto que, aunque se jacta de la ortodoxia de su credo, carece de fe, fervor y vida. Todos ellos son ajenos al cristianismo verdadero.

Los filisteos también se apoderaron del arca de la alianza (1 Sam. 5:2) y habitaron en la tierra prometida como si fuera suya. En Joel 3:5, Dios les dice: «Habéis llevado mi plata y mi oro, y mis cosas preciosas y hermosas metisteis en vuestros templos».

Hoy en día, hombres que no han entrado en el reino de Dios por el nuevo nacimiento son aceptados como líderes y maestros. Han tomado las cosas buenas y preciosas que pertenecen a nuestra santísima fe y las han unido al hombre tal como es en su naturaleza caída. Han dejado completamente de lado la necesidad del nuevo nacimiento, la redención y una nueva creación en Cristo Jesús.

6.4 - Los 5 príncipes de los filisteos

Los filisteos estaban gobernados por 5 príncipes (vean Josué 13:3; Jueces 3:3). La religión carnal que representan también está gobernada por 5 señores, es decir, los 5 sentidos. Sus seguidores están gobernados por lo natural, y todo lo que está fuera del ámbito de los sentidos es más o menos negado. No tienen en cuenta lo que dice la Escritura: «El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede conocer, porque se disciernen espiritualmente» (1 Cor. 2:14).

El hombre natural es todo lo que les preocupa, porque no conocen a ningún otro. Y al rechazar todo lo milagroso de la Palabra, niegan y ridiculizan precisamente la encarnación (la concepción milagrosa) del Señor Jesús, su divinidad, el valor expiatorio de su sacrificio y su resurrección; y pretenden explicar sus milagros de manera racional. Rechazan y pasan por alto todo lo que pueda ofender a un mundo que crucificó al Señor de gloria, así como todo lo que excede la comprensión y la percepción del hombre natural. Niegan el hecho solemne de que el hombre es una criatura caída que espera el juicio.

Aunque este pueblo solo poseía una estrecha franja del país de Canaán, es notable que este tomara su nombre de ellos. De hecho, «Palestina» significa “el país de los filisteos”. Pero este nombre solo se le da en las Escrituras cuando se anuncia su juicio (Éx. 15:14; Is. 14:29, 31; Joel 3:4). Los filisteos aparecen por primera vez en Génesis 21, cuando, arrebatan violentamente un pozo de agua a Abraham. Los filisteos fueron los enemigos más persistentes de Israel a lo largo de su historia en el país. Se habla más de los filisteos en el Antiguo Testamento que de cualquier otra

nación, excepto Israel. La última mención que se hace de ellos en las Escrituras es la siguiente: «Pondré fin a la soberbia de los filisteos» (Zac. 9:6). En cuanto a la situación que constituye hoy en día el antitipo de los filisteos, el Señor dice: «Voy a vomitarte de mi boca» (Apoc. 3:16). En la iglesia de Laodicea encontramos la verdadera manifestación de esto.

El racionalismo y el ritualismo –y ahora los “filisteos” de nuestro siglo– apelan al hombre natural, que ama lo que halaga su mente y conmueve sus sentimientos. Pero ambas cosas oscurecen a Cristo. Más de un discípulo de corazón recto, avergonzado y sin ver ninguna puerta de liberación, se ve reducido a llorar como María ante el sepulcro vacío, diciendo: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto» (Juan 20:13). ¿Qué queda por hacer?

¿Corren realmente el riesgo los verdaderos cristianos nacidos de nuevo de verse afectados e influenciados por lo que evidentemente no proviene de Dios? ¡Por supuesto! Los cristianos se entusiasman fácilmente con esfuerzos sinceros o enseñanzas que profesan tener como objetivo la mejora del hombre, cuando el eje de estos y la palanca que los mueve no son de Dios, sino de los hombres. También es muy fácil confundir los sentimientos naturales con un verdadero sentimiento espiritual. Y todos tendemos a confiar en nuestra propia inteligencia (Prov. 3:5), en lugar de en la sabiduría del Espíritu de Dios. Debemos reconocer la solemne verdad de que «el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios... no las puede conocer» (1 Cor. 2:14).

El Evangelio no es según el hombre, no emana del hombre, aunque nada más, en el cielo o en la tierra, puede traerle la bendición. Solo en el Evangelio de la gracia de Dios se ofrece a los hombres el perdón de los pecados. El Evangelio es divino, en su carácter y en su origen. Solo el Espíritu de Dios nos revela su esplendor, y solo aquellos que han recibido el Espíritu pueden apreciarlo.

De todos los enemigos del pueblo, los filisteos fueron los más antiguos y los que los esclavizaron durante más tiempo. Y, a medida que Israel se debilitaba en su fe, su poder iba en aumento. Nunca fueron derrotados definitivamente, hasta que la supremacía de David –figura de Cristo que obtiene la victoria mediante su resurrección– se convirtió en un hecho establecido en el país.

6.5 - La liberación de Israel

Desde el principio de nuestro relato encontramos un rasgo muy notable en relación con la liberación del yugo de estos pueblos. Es que, en esta ocasión, los israelitas no claman por ser liberados, como lo habían hecho en el pasado. Parecen haber aceptado el yugo y haberse conformado con su suerte. Esto se hizo muy evidente cuando Sansón comenzó a liberarlos, porque lo reprendieron diciendo: «No sabes tú que los filisteos dominan sobre nosotros? ¿Por qué nos has hecho esto?» ([Jueces 15:11](#)). Tenían tan poca simpatía por sus esfuerzos que lo ataron con cuerdas y lo entregaron a sus enemigos.

Tenemos aquí una triste ilustración de lo que está sucediendo hoy en día. La Iglesia se ha doblegado bajo el dominio de estos filisteos modernos. Y muchos de los que realmente forman parte del verdadero pueblo de Dios parecen, por desgracia, conformarse con esta situación. Podemos estar seguros de que no es así para aquellos que realmente tienen en su corazón Su gloria.

Sin embargo, qué consuelo es saber que, aunque Israel sea indiferente a su propia condición, el Señor no lo es. Y Él prepara la liberación, a su manera. El Ángel del Jehová se aparece a la mujer de Manoa, de la tribu de Dan. No la habríamos elegido. Ni siquiera se menciona su nombre. Ella es estéril, lo que constituye una vergüenza entre el pueblo de Israel y un motivo de desprecio a los ojos de las jóvenes. Pero esta mujer despreciada (su nombre no se menciona), procedente de la más pequeña de las tribus de Israel, es el vaso elegido por Dios para cumplir a través de él Su propia voluntad. Así vemos confirmada esta gran verdad de que sus caminos no son los caminos de los hombres (vean [Is. 55:8](#)). «¡Soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad!» ([Apoc. 3:17](#)), así se jacta el cristianismo secular, mientras camina a la luz incierta de sus pálidas luces. «Pero lo necio del mundo escogió Dios... lo débil del mundo escogió Dios... Dios escogió lo vil del mundo, y lo despreciado, lo que no es... para que ninguna carne se gloríe ante Dios» ([1 Cor. 1:27-29](#)).

«He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo» ([Jueces 13:3](#)), tal es el mensaje de Dios que la mujer recibe con una fe sencilla e incondicional. Su debilidad y su oprobio son evidentes para hacernos ver mejor la liberación que debe venir de Dios, y no del hombre. De la debilidad, la esterilidad y la muerte, Dios producirá la fuerza y la victoria.

Pero si esta mujer está marcada, a los ojos de los hombres, por la debilidad y el oprobio, ella posee una fe perfecta e incondicional en las intenciones de gracia de Dios

hacia ella. Y esta fe debe haber sido, a los ojos de Dios, algo precioso y agradable. Además, ella es la esposa de Manoa, cuyo nombre significa “descanso”. La confianza en Dios y el descanso del corazón están unidos. Están indisolublemente ligados entre sí y no pueden separarse.

El hecho de que la confianza en Dios produce descanso en el corazón quedó ilustrado de manera sorprendente en el apóstol Pablo. En su época, se encontraba la forma de la piedad desprovista de su poder (vean [2 Tim. 3:5](#)); y los falsos doctores causaban grandes daños entre aquellos por quienes él había trabajado con tanto celo. Sin embargo, no estaba turbado ni confundido, porque sabía en quién había creído ([2 Tim. 1:12](#)). Había puesto su confianza en el verdadero David, Jesús resucitado de entre los muertos. Por eso, aunque presentaba el hecho de que muchos abandonarían la verdad, estaba perfectamente tranquilo a pesar de todo.

Le escribe a su hijo Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de entre los muertos según mi Evangelio» (2:8).

Según la Segunda Epístola a Timoteo, si comparamos su confianza con sus posibles motivos de preocupación, vemos los recursos y la fuerza que obtenía de Jesucristo:

- «Ya sabes que se apartaron de mí todos los de Asia (1:15). Pero no me avergüenzo, porque sé a quién he creído» (1:12).
- «Su palabra se extenderá como gangrena... Se desviaron de la verdad... y trastornan la fe de algunos» (2:17-18). «Pero el sólido fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos» (2:19).
- «Pero los hombres malos y los impostores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (3:13). «Pero tú, persevera en lo que aprendiste... Toda la Escritura está inspirada por Dios, y útil para enseñar, para convencer, para corregir, para instruir en justicia» (3:14, 16).
- «En mi primera defensa nadie estuvo de mi parte» (4:16). «Pero el Señor estuvo junto a mí, y me dio poder» (4:17).

6.6 - Una cualidad esencial

El rasgo distintivo que debía caracterizar al llamado para derrocar el poder de los filisteos era el nazareo. Al menos en 2 ocasiones, en su anuncio a la mujer de Manoa, el ángel afirma: el niño será nazareo para Dios ([Jueces 13:5, 13](#)). El nazareo debía

estar separado de ciertas cosas. Pero lo más importante era para quién debía estar separado. Debía ser «para Jehová» un vaso consagrado al servicio de Dios.

Debía abstenerse del fruto de la vid, mantenerse alejado de todo lo que pudiera contaminarlo, y no debía cortarse el cabello. Estas 3 cosas también se destacan en la Segunda Epístola de Pablo a Timoteo:

1. El fruto de la vid representa, sin duda, los placeres de la vida natural. Y el nazareno de hoy prestará atención a la exhortación: «Comparte sufrimientos como buen soldado de Cristo Jesús. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, para agradar al que le alistó por soldado» (2:3-4).

2. La separación de la impureza es muy necesaria, y el hombre de Dios está instruido al respecto: «Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor... Si, pues, alguien se purifica de estos, será un vaso para honra, santificado, útil al dueño, y preparado para toda obra buena... Huye de las pasiones juveniles» (2:19-22).

3. El cabello sin cortar es un signo evidente de dependencia, de una debilidad estrechamente relacionada con la fuerza. El cabello largo es la gloria de la mujer. Es la marca de su dependencia del hombre, como un vaso más débil. Esa es la posición en la que Dios la ha colocado, y su verdadera gloria es mantener fielmente la posición en la que ha sido colocada. Pero en cuanto al hombre, se dice: «Porque el hombre, siendo imagen y gloria de Dios... ¿La naturaleza misma no os enseña que si el hombre lleva la cabellera larga, es una deshonra para él?» (1 Cor. 11:7-15). La posición del hombre era una posición de autoridad. Fue colocado a la cabeza de esta creación. Otros debían depender de él, pero él solo debía apoyarse en Dios. Por desgracia, en la caída, buscó ser independiente de Dios. De ahí todo el dolor, el sufrimiento y la muerte que se derivaron.

El cabello de mujer es una de las características de estos terribles escorpiones que atormentarán a los hombres durante el período de juicios mencionado en [Apocalipsis 9:7-8](#). Se les describe con coronas semejantes al oro en la cabeza; sus rostros son como rostros de hombre, y su cabello, como cabello de mujer. Su apariencia inicial es grande e imponente. Parecen poderosos e independientes, pero detrás de todo esto, es evidente que obtienen su fuerza de otra parte: dependen de Apolión, el Destructor (v. 11). El rostro del verdadero nazareno debía ser el de un hombre. Debía ser valiente e inquebrantable ante el enemigo; pero debía llevar el cabello largo, como el de una mujer, porque toda su fuerza provenía de su dependencia de Dios. Este elemento debía caracterizarlo por encima de todo, aunque ello supusiera

para él un oprobio a los ojos de los demás. Y, si lo perdía, se volvía tan débil como los demás hombres.

El apóstol Pablo era un verdadero nazareno cuando escribió: «Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor. 12:9-10). Había aprendido que la dependencia total está relacionada con el verdadero poder, porque el Señor le había dicho: «Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (12:9). Esta es sin duda la enseñanza espiritual que nos transmite el cabello sin cortar del nazareno.

En estos pasajes encontramos una clara expresión de esta debilidad, estrechamente dependiente de la fuerza del Señor: «Tú pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Tim. 2:1). «De todas (mis persecuciones) me liberó el Señor» (3:11). «El Señor estuvo junto a mí» (4:17).

6.7 - El Señor Jesús, nuestro ejemplo perfecto

El Señor Jesús fue el verdadero nazareno, totalmente consagrado a Dios. Nunca permitió que las comodidades y los placeres de esta vida le detuvieran en su servicio voluntario. Cuando vino a este mundo, no tuvo una casa, sino un establo; no tuvo una cuna, sino un pesebre. Las zorras tenían sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero él no tenía hogar ni lugar de descanso en la tierra. Siempre se negó a dejarse influir por aquellos que querían elegir para él un camino más fácil y, para los ojos de ellos, más natural.

Caminó sin mancha y sin pecado por este mundo. Fue asaltado sin descanso por duras tentaciones, pero nunca cayó en la trampa. Las cosas impuras que atraían a los demás hombres no tenían ningún encanto para él. Siempre estuvo total y completamente separado de los pecadores, y perfectamente consagrado a la voluntad de Dios.

Por último, él siempre fue un hombre absolutamente dependiente. Podía decir: «Jehová... despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios» (Is. 50:4). En todo lo que hizo y dijo, fue enseñado por su Padre, cuya voluntad vino a cumplir, día tras día. Esa voluntad se cumplió, ni más ni menos. Su alimento era hacer la voluntad de su Padre, su único motivo para glorificarlo. Y, a lo largo de su vida terrenal, fue completa y totalmente dependiente de Dios, de tal manera que podía decir: «Sobre ti fui echado desde antes de nacer» (Sal. 22:10). Hay en él gracia

suficiente para hacernos capaces de seguir sus pasos; y así conoceremos la vida de victoria que acompaña al nazareo.

6.8 - El nazareo, la fuerza de Sansón

Mientras Sansón respetó su voto, fue un instrumento adecuado para el poder de Dios. Y en el frescor inicial de su nazareo, es en cierto modo una imagen de Cristo y de su obra.

No olvidemos que Sansón había venido al mundo con el propósito expreso de derrotar a los filisteos y liberar así al pueblo de Dios. Y dada su misión, no es de extrañar que un león joven, imagen del poder de Satanás, rugiera contra él.

Pero el león no era un adversario a la altura de Sansón, y este lo desgarró como se desgarra a un cabrito. Del mismo modo, todas las potestades de las tinieblas se unieron contra el Señor Jesucristo, porque había venido para poner al descubierto toda falsedad y establecer toda la verdad. Pero con su muerte obtuvo la victoria. Al morir, pisoteó al enemigo. Y, al igual que el cadáver del león de Sansón contenía alimento y dulzura, la vida de Jesús nos proporciona vida, alimento para el alma y verdadero gozo para el corazón. Este terrible conflicto y la gran victoria que le siguió nos muestran la fidelidad y la realidad del amor divino. Todas nuestras bendiciones se deben a este triunfo.

6.9 - La miel estaba en su mano (v. 9)

La mano que golpeó al león tomó la miel. Y Sansón compartió este notable fruto de su victoria con sus padres, mientras caminaban con él.

En el significado de estas cosas, deberíamos encontrar una fuente abundante de gozo para nosotros. La mano poderosa que golpeó el poder de la muerte posee toda bendición. Y nuestro Señor Jesucristo se complace en dispensarnos estas bendiciones que él posee de manera tan segura.

Algunos, en la vanidad de sus pensamientos, querrían hacernos creer que la salvación, y en verdad toda bendición, han sido confiadas a la Iglesia para nosotros, y que fuera de ella no podemos conocer ni realizar estas cosas. ¡Qué triste sería si realmente fuera así! De hecho, la Iglesia responsable, como depositaria del testimonio en la tierra, ha fallado completamente al dar la mano al mundo que ha rechazado al

Señor. Pero Cristo nunca puede fallar. Se ha elevado victoriosamente por encima de toda la ruina y devastación que el pecado y la muerte han causado. En él, todas las promesas de Dios son «sí y amén». Y, si permanecemos estrechamente unidos a él, nuestros corazones serán alimentados y regocijados por los frutos llenos de dulzura de su muerte.

Los filisteos que acudieron a la boda, y que solo estaban unidos exteriormente a Sansón, no probaron la miel extraída del cadáver del león. Para ellos, todo este asunto no era más que un enigma. Estos filisteos representan a personas a las que ya nos hemos referido: son aquellos que profesan una fe sin realidad interior, que han aceptado la apariencia del cristianismo sin el poder. Para tales personas, la verdad de Dios solo aparece como doctrinas que discutir y enigmas que resolver. En efecto: «El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede conocer, porque se disciernen espiritualmente» (1 Cor. 2:14). No encuentran nada que les interpele en la muerte de Cristo, y no pueden concebir una bendición que provenga de la muerte. No ven cómo el alimento puede provenir de quien come, o la dulzura de quien es fuerte. «Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 Cor. 1:23).

Pero lo que constituye un perfecto enigma para los hombres no regenerados, ya sean religiosos o sabios, es, para nosotros los salvos, el poder y la sabiduría de Dios. El que come –la muerte– ha sido llevado a proveernos alimento, y del «fuerte» ha salido la dulzura. En efecto, el amor triunfante e inmutable de Dios resplandeció en toda su gloria a través de la muerte de Jesús. La sabiduría y el poder de Dios se manifestaron allí en toda su grandeza. Y los que contemplan estas cosas son salvos y saciados en sus almas. No se puede insistir lo suficiente en esto: solo en la medida en que vivamos en la realidad de estas verdades, seremos vencedores de los «filisteos». Siempre existe el peligro, incluso para aquellos que están realmente convertidos, de ocuparse únicamente de la doctrina. Debemos estar al tanto de la buena doctrina y esforzarnos por mantener un modelo de palabras sanas; pero debemos saber qué hay detrás de las palabras y cuáles son las realidades que expresan las doctrinas. Muchos pierden el tiempo tratando de aclarar cuestiones espinosas y discutiendo dogmas. Al hacerlo, se privan de la miel tan dulce que se puede disfrutar en la compañía del Señor. Resolver enigmas es un trabajo árido y sin provecho; el deseo del Señor para nosotros es que podamos alimentarnos abundantemente de la miel.

6.10 - La intención de los filisteos

El siguiente acontecimiento importante en la vida de Sansón es el intento de los filisteos de capturarlo. Se dan cuenta de que Sansón no quiere llegar a ningún acuerdo con ellos. Se muestra abiertamente y con determinación como su enemigo. Entonces, «los filisteos subieron y acamparon en Judá, y se extendieron por Lehi. Y los varones de Judá les dijeron: ¿Por qué habéis subido contra nosotros? Y ellos respondieron: A prender a Sansón hemos subido» ([Jueces 15:9-10](#)). Su objetivo era prender al nazareo y tenerlo así a su merced. Satanás trabaja hoy de manera similar. Y la actual falsificación, sin vida, del verdadero cristianismo, muestra con demasiada claridad cuánto éxito ha tenido.

Es consternador ver que los hombres de Judá se alían con los filisteos en esta empresa. No sienten el menor deseo de liberarse de su yugo. Consideran a Sansón un perturbador que amenaza su tranquilidad y lo reprenden diciendo: «¿No sabes tú que los filisteos dominan sobre nosotros? ¿Por qué nos has hecho esto?» ([Jueces 15:11](#)). Pero ¿no es esta también la tendencia actual? Si un hombre alza su voz para advertir contra las malas doctrinas o las prácticas mundanas que abundan, se le considera un alborotador al que hay que callar, atar y refrenar. Se le explicará que no hay que llevar las cosas al extremo y que lo que hay que buscar ante todo es la moderación. Pero, al juzgar según esta norma, se llega a justificar la tibieza y a condenar lo que es ardiente, por ser extremadamente caliente. Pero ¿qué dice el Señor? «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¿Quisiera yo que fueras frío o caliente! Así, porque eres tibio, y ni caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca» ([Apoc. 3:15-16](#)).

Cristianos, necesitamos despertar para vivir con justicia. Necesitamos sacudirnos de nuestro letargo y llenarnos de una ferviente devoción a Cristo, que consumirá cualquier nuevo vínculo con el que una profesión indiferente y sin vida quiera atarnos; para que, sin obstáculos, podamos luchar por la fe que una vez fue enseñada a los santos (vean [Judas 3](#)) y así permanecer fieles a nuestro Señor.

6.11 - El lugar del poder

Pero Sansón vivía en la cima de la roca de Etam. Es cierto que permitió que sus hermanos lo ataran por un tiempo; pero cuando el Espíritu de Jehová vino sobre él, las ataduras que lo retenían perecieron en el fuego como lino. Y, con la quijada de un asno, mató a 1.000 hombres. La cima de la roca es, evidentemente, el lugar donde se

puede obtener la victoria. Representa la estabilidad y la fuerza, lo que es inmutable y resiste todas las tormentas. Nuestro Señor se ha convertido en una Roca para nosotros. Ha puesto un fundamento amplio y profundo, que ningún asalto ni ninguna tormenta pueden sacudir. El que edifica sobre él está seguro para siempre. La Roca es él mismo. Todos los pensamientos e intenciones de Dios están firmemente establecidos en él, como Aquel que resucitó de entre los muertos, que abolió la muerte y dio a luz la vida y la incorruptibilidad por medio del Evangelio (2 Tim. 1:10).

Si queremos ser victoriosos, debemos permanecer estrechamente unidos a él bajo este precioso carácter de roca; así seremos protegidos del desánimo y la derrota. Además, solo al experimentar la realidad de su poder y su gracia, seremos preservados de lo que no es más que una falsificación sin sentido. Y, sabiendo en quién hemos creído, tendremos la confianza de que el fundamento de Dios permanece sólido, a pesar de todos los intentos por derribarlo. Entonces seremos capaces, con humildad, de instruir a aquellos que han caído en la trampa de la religión del diablo sin realidad: tal vez reconozcan la verdad (vean 2 Tim. 2: 25-26).

A menudo se ha observado que el momento de la victoria es aquel en el que la debilidad es mayor, y Sansón lo experimentó. Completamente sediento, invocó a Jehová, diciendo: «Tú has dado esta grande salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?» (Jueces 15:18). Lo que temía era caer en manos de los incircuncisos, estar a su merced. A los filisteos siempre se les designa así. La circuncisión, que habla de despojarse y apartarse de la carne, no tiene cabida entre ellos. Y, por ello, es justo que el nazareno tema caer en su poder. ¡Ojalá hoy en día hubiera más temor como ese! Eso nos haría parecernos más a Sansón, en su dependencia de Dios.

6.12 - ¿Cómo mantener una vida victoriosa?

Dios tenía un recurso para su siervo debilitado, pero dependiente: era el pozo de agua. «Abrió Dios la cuenca que hay en Lehi; y salió de allí agua, y él bebió, y recobró su espíritu, y se reanimó. Por esto llamó el nombre de aquel lugar, En-hacore, (que significa: “fuente del que clama”)» (Jueces 15:19). No es la primera vez que encontramos en las Escrituras el agua y la roca juntas. Ambas nos son necesarias, ya que es por medio del agua, que nos da vida en el poder del Espíritu, que la vida del nazareno se mantiene fresca y vigorosa.

«En el último día, el gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y clamó, diciendo: Si

alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de adentro de él fluirán ríos de agua viva. Pero esto lo dijo respecto del Espíritu, que los que creían en él recibirían; pues el Espíritu Santo no había sido dado todavía por cuanto Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:37-39).

He aquí el recurso para mantener y alimentar la vida del nazareno. En efecto, es por el Espíritu de Dios que el alma se mantiene en contacto con las cosas que conciernen a Cristo. La nueva vida se mantiene así en su frescor y vigor, y el nazareno se renueva día tras día. Ese mismo Espíritu le da el poder de ayudar a los demás.

Sansón juzgó a Israel durante 20 años. A pesar de la presencia de los filisteos, mantuvo los derechos de Dios durante todo ese tiempo.

¿Deseamos luchar firmemente por la verdad, mantenernos firmes por Cristo, guardando su Palabra y sin renegar de su Nombre? Entonces hay 3 cosas que nos son absolutamente necesarias:

- El nazareo: la consagración al Señor
- La Roca: el conocimiento de la perfecta estabilidad de todas las promesas de Dios en Cristo resucitado de entre los muertos.
- El pozo de agua: la dependencia del Espíritu de Dios para refrescar el alma y comunicar el poder para servir.

6.13 - La pérdida del nazareo

Después de considerar las victorias de Sansón, pasamos ahora a su terrible derrota. Esta triste y vergonzosa historia no nos es oculta, porque Dios no solo quiere enseñarnos cómo caminar por un camino de victoria. También quiere mostrarnos claramente, para advertirnos, cuáles son las terribles consecuencias de apartarnos de Él, para que no confiemos en nosotros mismos.

«Fue Sansón a Gaza» (16:1).

Ahí fue donde comenzó su declive. Es cierto que Sansón salió vivo de Gaza, aunque los habitantes estaban decididos a matarlo. En ese momento, aún no había abandonado su nazareo y se mostró más fuerte que los filisteos, que es el significado de «Gaza» (“fortaleza”). Tomó la puerta y los postes con la barra y los llevó a la cima de la colina que está frente a Hebrón.

Pero la confianza en sí mismo parece caracterizarlo, y debe haber olvidado que su fuerza residía en la dependencia de Dios. No aprovechó la advertencia de que su escapada de Gaza debería haberle servido. De hecho, después de esto, se enamora de una mujer en el valle (o cerca del arroyo) de Sorek, cuyo nombre es Dalila ([Jueces 16:4](#)).

Sorek significa “vino” o “viña”. Y es profundamente triste ver al nazareo victorioso, que habitó en la roca y bebió del pozo que había allí, descender para beber del arroyo que fluye a través del valle de las viñas. Como nazareo, rechazó el fruto de la vid y, al comienzo de su vida, mató a un león en los viñedos. Allí venció al fuerte. Ahora, en el valle del vino, se convierte en víctima de Dalila, cuyo nombre significa “debilidad”.

Las etapas de este descenso:

- Ama a una mujer en el valle de Sorek (v. 4).
- Él le confiesa todo lo que hay en su corazón (v. 17).
- Ella lo acuna en su regazo hasta que se duerme (v. 19).
- Le cortan las 7 trenzas de su cabeza (v. 19).
- Jehová se retira de él (v. 20).
- Los filisteos lo capturan (v. 21).
- Le sacan los ojos, lo atan con cadenas de bronce y hace girar la muela en la casa de los prisioneros (v. 21).

He aquí la profunda degradación a la que le conduce su abandono de Dios. Aquel cuyo nombre significa: “Como el sol”, es visto girando la muela para los enemigos de Jehová, en la ceguera y las tinieblas de su nazareo perdido.

Solo se menciona una prisión en las Escrituras antes de esta. José fue arrojado allí por mantenerse firme en su consagración a Dios y en su determinación de no pecar contra Él. Esa consagración implicó mucho sufrimiento, pero era el camino hacia la victoria. Tenemos aquí un contraste triste: la prisión de José significa la victoria, la de Sansón representa una derrota completa. Su propia codicia desenfadada y sus propios deseos apasionados logran lo que un ejército de filisteos y todas sus fuerzas no pudieron conseguir. El que liberó a sus hermanos de la mano de los filisteos está atado por estos. El nazareo de Dios se ha convertido en esclavo del diablo. El que derribó las puertas de Gaza, ahora las atraviesa como prisionero, y el que hizo

temblar y huir a sus enemigos, ahora los hace reír en la fiesta de su dios. Si las hazañas de Sansón nos han animado y enseñado lo que una persona que depende de Dios puede lograr, ahora se nos advierte contra la confianza en nosotros mismos, al ver cuánto puede caer un hombre fuerte.

Si queremos escapar de tal derrota, debemos saber dónde reside nuestra fuerza. Debemos conocer el secreto de «Hen-hakore» –«la fuente del que clama»–, es decir, la dependencia de Dios y el juicio de uno mismo.

Recordemos que no fue la fuerza de los filisteos la que venció a Sansón. Fueron sus seducciones las que lo alejaron del camino de la consagración a Dios. No fue el temor a la ira de los filisteos lo que lo venció. Se dejó engañar y atrapar por las sonrisas de Dalila, por la supuesta amistad de los filisteos. Así es como el deseo del diablo es seducir a todos los que son fieles al Señor; busca atraparlos con lo que no viene de Dios. Esto es lo que Pablo temía para el pueblo de Dios cuando escribió: «Porque estoy celoso por vosotros, con celos de Dios; pues os he prometido a un solo esposo, para presentaros como virgen pura a Cristo. Pero temo que, de algún modo, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros pensamientos sean corrompidos [y se aparten] de la sencillez hacia Cristo» (2 Cor. 11:2-3). Y este peligro es mayor que nunca en los últimos días en que vivimos.

Sí, es posible que el nazareno caiga. Puede suceder que, después de haber vivido una vida de consagración total al Señor, nos encontremos encadenados por las cadenas de bronce de una religión formal y sin vida. Incluso puede suceder que encontremos a algunos “girando la muela”, en sentido figurado, en los molinos de un mundo sin fruto y que rechaza a Dios. Algunos de los que antes eran conocidos por su verdadera separación de corazón, lejos de la amistad del mundo, ahora se encuentran asociados a él, vinculados a aquellos que desprecian la cruz de Cristo y niegan su poder, implicados en proyectos y políticas en los que Dios no tiene cabida. Reconstruyen lo que habían destruido y sirven a aquello contra lo que se habían levantado. Y se dedican sin dudar a la causa a la que sirven. «¡Gente adúltera! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Aquel que quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios» (Sant. 4:4). Estas son palabras contundentes para tales personas, y no podemos atenuar su fuerza. Se dirigen a nosotros con todo su poder cortante. ¡Nuestra responsabilidad es tenerlas en cuenta!

La consecuencia de este adulterio espiritual, de este declive que conduce a un compromiso con el mundo, es la pérdida del discernimiento y del poder espirituales. «Sus nobles fueron más puros que la nieve, más blancos que la leche; Más rubios

eran sus cuerpos que el coral, su talle más hermoso que el zafiro. Oscuro más que la negrura es su aspecto; no los conocen por las calles; Su piel está pegada a sus huesos, seca como un palo» (Lam. 4:7-8).

6.14 - Una recuperación espectacular

Pero, al igual que un niño aprende la naturaleza del fuego al quemarse y se niega a tocarlo en lo sucesivo, el pueblo de Dios a menudo aprende lecciones muy valiosas a través de sus caídas. Y así es como Dios triunfa y se saca el bien del mal.

Así sucedió en el caso de Sansón. En su cautiverio, se da cuenta de la traición que ocultaba la amistad de Dalila y se vuelve hacia Jehová. «El cabello de su cabeza comenzó a crecer» (Jueces 16:22). Juzga lo que lo había cegado y debilitado, y adopta una actitud intransigente hacia ello. El resultado fue que obtuvo una victoria más brillante que cualquier otra que hubiera sido posible en sus días más gloriosos. Su victoria le costó la vida, pero no por ello fue menos magnífica y real.

Es un gran consuelo recordar que el Señor no cambia y que siempre está dispuesto a perdonar y restaurar.

*Pero si a veces una nube
Viene a robarme Tu belleza
Amigo divino, después de la tormenta
Tu claridad brilla como antes.*

(Himnos y Cánticos en francés No. 71, 5)

La gracia del Señor se eleva por encima de todos los pecados de su pueblo. Su amor inquebrantable arde por ellos con toda su intensidad y no puede debilitarse. Él es el mismo ayer, hoy y eternamente.

Si nos hemos dejado atrapar en la trampa de la conformidad con el mundo, si nos hemos visto incitados a abandonar las alturas de una consagración total al Señor y de una dependencia total de él, para rebajarnos a divertirnos con este mundo, y si hemos sentido la amargura de tal camino, esto es lo que puede animarnos. Aquel que no ha sido sordo a la oración de Sansón prestará oído a nuestro clamor, y nos dará la liberación y nos concederá la victoria.

Pero debemos juzgar al «yo» que hay en nosotros, que ha caído en la trampa del

mundo, tanto como al mundo que nos ha atrapado. Esta es sin duda la lección que nos enseña la muerte de Sansón.

Juzgar al mundo y juzgarnos a nosotros mismos implica apartarnos por completo de ambos para volvernos únicamente hacia el Señor. Este es el camino que siguió Pablo. Tuvo que reprender a Pedro, que había abandonado el lugar del nazareno para “dar vueltas a la rueda del molino” de una religión legalista y carnal (Gál. 2:11-14). Pero en cuanto a él, dijo: «Esté lejos de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me ha sido crucificado, y yo al mundo» (Gál. 6:14).

Ahí es donde el mundo religioso y el «Pablo» que podría haber caído en su trampa encontraron su fin. La cruz de Cristo puso de manifiesto el verdadero carácter de ambos, mientras que la grandeza del amor revelado en la cruz convirtió a Pablo en nazareno para siempre. Y, por lo tanto, en un hombre triunfante y gozoso. Porque mientras mantenga su nazareo, es invencible. Este camino está abierto a todos. Puede implicar persecución y rechazo por parte del mundo, porque quienes tomen este camino serán sin duda calificados con desprecio de “fanáticos” e “intolerantes”. Incluso pueden tener que llevar las marcas del Señor Jesús en su cuerpo (Gál. 6:17). Pero el triunfo final, la corona de justicia y la aprobación del Señor les esperan al final de la lucha. El Señor dijo: «Al que venciere, le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apoc. 3:21-22).

6.15 - Liberados y consagrados

«Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos. Y viendo Noemí que estaba tan resuelta a ir con ella, no dijo más. Anduvieron, pues, ellas dos hasta que llegaron a Belén; y aconteció que habiendo entrado en Belén, toda la ciudad se conmovió por causa de ellas, y decían: ¿No es esta Noemí? Y ella les respondía: No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso» (Rut 1:16-20).

«Y las mujeres decían a Noemí: Loado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y

sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos. Y tomando Noemí el hijo, lo puso en su regazo, y fue su aya. Y le dieron nombre las vecinas, diciendo: Le ha nacido un hijo a Noemí; y lo llamaron Obed. Éste es padre de Isaí, padre de David» (Rut 4:14-17).

6.16 - Sin rey en Israel

Los últimos capítulos del libro de los Jueces ponen de relieve de manera impactante la rapidez con la que el pueblo de Israel se apartó de Dios. Una vez que se encaminó por la senda equivocada, el declive fue rápido y su resultado terrible: un estado marcado por la codicia, la apostasía, la decadencia moral y las injusticias mutuas entre hermanos. En relación con estas cosas, se nos dice: «En aquellos días no había rey en Israel»; y también: «cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 21:25). Estos tristes resultados eran la única conclusión posible de la iniquidad y la voluntad propia que caracterizaban al pueblo en aquella época.

Dios estableció reyes y gobernantes para el bien de los hombres, porque estos necesitan estar gobernados y dirigidos; aquellos que desean vivir una vida apacible y tranquila en este mundo deben someterse a las autoridades establecidas. Estas son representantes de alguien más elevado y grande: Dios mismo. Él es la Autoridad suprema, el Rey inmortal, y someterse a él es la garantía de paz y bendición para los hombres. Pero, por desgracia, su yugo ha sido rechazado, ya que el pecado es, en realidad, una rebelión contra Dios, y la iniquidad ha ocupado el lugar de su justa Ley en la vida de los hombres. Esto se aplica a todas las personas no regeneradas, porque la Escritura dice: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (Is. 53:6), y también: «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Rom. 3:23).

Ante esta constatación, qué gloriosa noticia es saber que Dios ha encontrado una manera justa de bendecir a los pecadores –a quienes llama con bondad a volver a Él– y que todos los que responden a su llamado son perdonados y salvados. En lugar de caminar por senderos de destrucción y muerte, ahora están guiados por él por caminos de justicia y vida.

6.17 - Una «herencia para habitar en ella»

La codicia y el descontento, así como la iniquidad (la violación de las leyes divinas), se propagaban en Israel. De hecho, encontramos a un levita dispuesto a vender a su pueblo y a su Dios por dinero; así como a una tribu que, insatisfecha con la herencia de Jehová, busca un lugar donde habitar ([Jueces 17 al 21](#)). En ambos casos, la consecuencia es el abandono de Dios. Su intención era ser rey en Israel. Su dominio habría sido muy beneficioso, y todos los hombres del país se habrían saciado de la abundancia que habría resultado de ello. Pero los hijos de Jacob prefirieron su propio camino al Suyo, y estos hombres de la tribu de Dan creyeron poder buscar para sí mismos algo mejor que lo que Dios les tenía reservado. Es muy notable que no se les mencione entre los 144.000 de [Apocalipsis 7 y 14](#).

Ya es bastante triste observar estas cosas en hombres que no conocen a Dios. Es abrumador verlas en aquellos que han profesado pertenecer a Dios. Pero la historia se repite, y lo que fue cierto para Israel en el pasado es, por desgracia, demasiado cierto hoy en día para aquellos que han abrazado el cristianismo. Solo el conocimiento de una relación vital con Cristo, como Salvador y Señor, puede impedir que los hombres se dejen llevar por la corriente de independencia, autosatisfacción y apostasía respecto a la verdad del Evangelio de Dios, una corriente tan poderosa en la actualidad.

Algunos se jactan de tener antepasados piadosos, de estar asociados con organizaciones religiosas antiguas y reputadas o incluso con cristianos cuyas doctrinas son bíblicas; pero ninguna de estas cosas tiene el poder de hacernos caminar o mantenernos en el camino recto. Se necesita una fe viva y salvadora en nuestro Señor Jesucristo, y una consagración personal y constante a él. El hecho de que los danitas apóstatas procedieran de la ciudad de Sansón es muy significativo. Conocían y habían sido testigos de sus poderosas hazañas como nazareo consagrado a Dios, pero esto no les impidió apartarse completamente de Dios. Además, el responsable de la apostasía no es otro que el nieto de Moisés. Se admite generalmente que [Jueces 18:30](#) debe leerse: «Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Moisés».

6.18 - Un gran contraste

Los acontecimientos que se relatan en este libro tuvieron lugar durante el período de los Jueces, y la vida y la consagración de Rut contrastan felizmente con la apostasía que caracterizó el final de esa época.

Rut es la imagen de una persona totalmente dedicada a un ser único y amado. De hecho, liberada de todo vínculo con la tierra de Moab por su amor hacia Noemí, se deja gobernar por ese amor que la ha hecho libre. El efecto producido por esta liberación es una consagración a su Libertador. El Señor desea igualmente liberarnos del mundo, de la carne, del diablo y de cualquier otro vínculo, para permitirnos seguirle solo a él. Desea atarnos a él con los poderosos lazos del amor y reinar como Señor en nuestros corazones. ¡Que este sea el objetivo de estas meditaciones! Esta consagración tendrá más valor a los ojos de Dios que las grandes hazañas, y constituirá una victoria sobre Satanás mayor que cualquier obra.

6.19 - Noemí y Mara

Noemí manifiesta ciertos rasgos que encontramos en toda su perfección en Jesús. El camino que siguió ilustra en cierto modo Su dolor, Su trabajo y el gozo que resulta de ello.

Se marcha a un país lejano y allí prueba la amargura de la muerte, hasta tal punto que se ve obligada a exclamar: «No me llaméis Naomi», que significa “mis delicias”, llamadme «Mara», que significa “amargura” (*Rut 1:20*). Pero, en medio del dolor que atraviesa, debe mostrar dulzura, como indica su nombre: es la única manera de explicar la devoción de Rut hacia ella.

La dulzura y la amargura se encuentran en Noemí; sin embargo, si queremos contemplarlas en toda su perfección e intensidad, debemos mirar a Jesús. Su nombre es dulce, el más dulce que hemos oído para aquellos cuyos ojos han sido abiertos por la gracia de Dios. Así era cuando estaba en la tierra; así es hoy, mientras está sentado en el trono. Pero nunca hubiéramos conocido su dulzura si no hubiera recorrido un camino de dolor y amargura. Era el Hombre de los lamentos, el Hombre de corazón quebrantado (*Sal. 69*). Sin embargo, el sufrimiento que conoció, en esta vida de devoción a Dios y de amor por los hombres, no fue más que el prelude del terrible sufrimiento que padeció en la cruz, cuando tomó de la mano de Dios la copa amarga del juicio del pecado. Fue entonces cuando las ondas y las olas pasaron sobre él, y todos los dolores se concentraron en su corazón (vean *Sal. 42:7*). El Calvario pudo significar «Mara» para Jesús; pero la intensidad de esa amargura solo puso de manifiesto la dulzura de su amor, que ningún poder podía igualar y que ningún dolor podía abrumar. Sí, su amor es infinito; más fuerte que la muerte, más duradero que los siglos y de una ternura inexpressable.

A este dolor de Naomi se apegaba Rut. Y, por amor a la que ha atravesado Mara, dice: «No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos» (Rut 1:16-17).

Cuando toma esta memorable decisión, Rut no sabe nada de Booz (figura de Cristo en su actual posición de poder), ni del lugar de favor y exaltación que le espera. Es el amor por Noemí lo que dicta su conducta y ella está satisfecha, fíjense bien, no con quedarse y vivir, sino con «estar» y «morir» con Noemí. Acepta convertirse en extranjera, porque la agradable compañía de Noemí la colma.

Cuán ciertas son estas palabras:

*Es el tesoro que hemos encontrado en Su amor
Lo que nos ha convertido en peregrinos aquí abajo.*

Nada más podría producir esto. Por sí sola, la idea de las glorias venideras no basta para separarnos del mundo. Por sí misma, por grande que sea, la gloria venidera no separará nuestros corazones «del presente siglo malo» (Gál. 1:4). Solo el amor de Cristo, manifestado en el Calvario, es capaz de hacerlo: el camino del discípulo está invariablemente ligado a la cruz, como escribió el apóstol: «Lo que ahora vivo en [la] carne, lo vivo en [la] fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y sí mismo se entregó por mí» (Gál. 2:20).

Lo que Rut encontró en Noemí la liberó de Moab para siempre y la unió a los intereses de aquella cuyo amor la gobierna. Del mismo modo, que Dios haga que el atractivo de la persona de Jesús, que soportó la cruz y despreció la vergüenza, nos lleve a una consagración total de nuestro corazón hacia él.

6.20 - Seguir al Señor: el resultado

Ruth no pierde nada al unirse a Noemí, ya que, al espigar en un campo, «y aconteció que aquella parte del campo era de Booz» (Rut 2:3). Booz, un hombre de corazón sensible, le habla con bondad y la consuela (v. 13). Además, es un hombre poderoso y rico, y el campo sobre el que tiene autoridad es más que suficiente para satisfacer las necesidades de Rut.

Si el dolor de Noemí ilustra ante nuestros ojos el gran dolor que el Señor mismo experimentó, la riqueza de Booz nos habla de su grandeza y poder actuales. Cristo

ha sido altamente exaltado, todas las cosas han sido puestas en sus manos. Ahora encuentra su gozo en dispensar las bendiciones de Dios a los necesitados.

Booz no habría dicho: «No vayas a espigar a otro campo» (Rut 2:8), si no hubiera sabido que su campo era más que suficiente para Rut. Del mismo modo, el Señor no nos habría dicho: «Mi gracia te basta» (2 Cor. 12:9), si su plenitud no colmara todas nuestras necesidades.

¿Es arduo el camino del discípulo, y las pruebas perturban los pasos del peregrino? La gracia divina supera todas las dificultades, y quienes siguen este camino lo experimentan de manera bendita, porque Jesús dijo que recibirían «más en este tiempo y, en el siglo venidero la vida eterna» (Lucas 18:30).

Así, Rut espiga en los campos de Booz todo el tiempo que necesita y experimenta que él la cuida en todos los aspectos: no solo se ve colmada, sino que tiene un excedente que él le da.

Todo el relato es de gran interés y está lleno de enseñanzas. Sin embargo, nos hace falta

6.21 - El dolor de Noemí y sus consecuencias

Es notable que, al final del relato, volvamos a encontrar a Noemí en primer plano, pero esta vez ya no está amargada ni afligida, sino que cosecha el agradable fruto de su trabajo.

6.21.1 - La Iglesia

Noemí perdió a Elimelec y a sus hijos en la tierra de Moab, pero ganó a Rut, que es mejor para ella que 7 hijos (Rut 4:15). En esto vemos una imagen de lo que el Señor perdió y ganó con su muerte. Él vino a su propio pueblo, Israel, pero este lo rechazó, y hasta el día de hoy el reino y la nación están perdidos para él; fue «cortado de la tierra de los vivientes» (Is. 53:8). Pero si bien perdió a Israel por un tiempo, ganó a la Iglesia. Nadie puede decir cuán preciosa es esta para él. Es «la perla de gran valor» (Mat. 13:46) por la cual vendió todo lo que tenía y descendió a las profundidades de la muerte, sufriendo allí el juicio de Dios.

*Muy lejos, en las profundidades de esas aguas sin sol,
el Hombre venido del cielo fue;*

allí encontró el deseo de su corazón.

Por fin su perla encontró.

Todo lo que tenía, su corazón lo dio,

Por esta joya sin precio.

Esta es la historia del amor insondable,

¡Este es el amor de Cristo!

No me refiero aquí a la profesión externa que se reclama del nombre de Cristo y que se ha vuelto tan corrupta, sino a la que él llama «mi Iglesia» (Mat. 16:18).

Esta, en su carácter de esposa del Cordero, será su compañera eterna; se acerca el momento en que oiremos «como la voz de una gran multitud, y como el sonido de muchas aguas, y como el sonido de fuertes truenos, diciendo: ¡Aleluya!, porque el SEÑOR nuestro Dios, el Todopoderoso, reina. 7 ¡Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria! Porque han llegado las bodas del Cordero, y su mujer se ha preparado» (Apoc. 19:6-7). Entonces, en este glorioso desenlace, el Señor verá el fruto del profundo trabajo de su alma y estará satisfecho (Is. 53:11). Pero ya ahora, cuando es rechazado de la tierra, la Iglesia es su consuelo y su gozo.

¿No es extraño que algunos de los que pertenecen a la Iglesia (todos los creyentes comprados con la sangre de Cristo forman parte de ella) busquen la aprobación de un mundo que lo rechazó, en lugar de aprovechar el elevado privilegio de regocijarse. Su corazón? Nunca se nos concederá un privilegio más elevado; y como cristianos, no podríamos sufrir una pérdida mayor que esta. Esto es lo que el diablo se esfuerza por estropear y corromper; con este fin, despliega sus artimañas y tiende sus trampas para lograrlo. El verdadero vencedor es aquel que se goza de perderlo todo para aferrarse únicamente al Señor.

6.21.2 - La adoración para el Padre

Las mujeres de Belén se reúnen alrededor de Noemí para felicitarla por su gozo y dicen: «Le ha nacido un hijo a Noemí» (Rut 4:17). No dicen “nacido a Rut” o “a Booz”, sino «a Noemí». Porque este niño nunca habría nacido si Noemí no hubiera conocido el «Mara» de un país lejano.

Las mujeres le dan un nombre a este niño, al que consideran hijo de Noemí: «Y lo llamaron Obed» (Rut 4:17), que significa “adoración a Dios”. «Y tomando Noemí el hijo, lo puso en su regazo, y fue en aya» (v. 16). Era el objeto de todo su amor, porque

era el hijo de Rut, que la amaba (v. 15).

He aquí otro resultado de la muerte del Señor Jesús. Él vino del Padre, porque este buscaba adoradores ([Juan 4:23](#)). Con este fin, sufrió y murió. En este sentido, su muerte no fue en vano, ya que trajo a Dios una multitud innumerable, cada uno de cuyos miembros es salvo por su preciosa sangre. Los redimidos pueden adorar a Dios en espíritu y en verdad, porque conocen su amor, que la muerte de Cristo reveló.

¿Quién puede decir qué gozo llena el corazón del Señor cuando presenta al Padre la adoración de aquellos que le aman? Tal adoración de corazones llenos del amor de Dios es muy preciosa para Jesús, porque es el fruto del corazón y de los labios de aquellos a quienes él ama y que le aman a su vez.

6.21.3 - La gloria real para Cristo

A Rut y Obed les suceden Isaí y David; y David, como rey, es una figura de Cristo en su gloria venidera.

El Señor sigue siendo rechazado por este mundo, pero el momento de su regreso es inminente. La corona del dominio universal rodeará su frente, antes traspasada por espinas; y como el glorioso Hijo de David, ejercerá su dominio desde el río hasta los confines de la tierra ([Sal. 72:8](#)). Entonces Israel reconocerá en él al Hijo de Dios y a su Rey; cesarán los gemidos de una tierra mancillada y sometida a los efectos del pecado; todo lo que respira estallará en cánticos de alabanza y cada una de las notas será para la gloria del Rey.

Qué profundo gozo para su corazón cuando contemple una creación llena de felicidad por la luz de su rostro, y cuando los hombres, liberados del yugo del poder de Satanás, se regocijen por conocer a Dios. Pero el fundamento de todo el gozo que cubrirá la tierra en el día de su gloria real será el recuerdo de sus sufrimientos y de su muerte.

Todos los que le aman anhelan ardientemente ese día de gloria; se regocijan al saber que será exaltado y adorado, en el mismo mundo en el que fue despreciado y deshonrado. Pero no es por las coronas de gloria eterna que brillarán en su santa frente por lo que lo amamos y lo seguimos, sino por su amor, ese amor que reveló su dulzura en medio de la vergüenza y el sufrimiento del «Mara» del Calvario. Es este amor, y solo este amor, el que nos impulsa a servirle incansablemente, a seguirlo

con devoción y a amarlo desde ahora con un corazón ferviente y sin reservas. ¡Este es el camino del vencedor!

¿Queremos caminar por ese sendero? Entonces mantengámonos firmes, porque él ha dicho: «Vengo pronto; retén firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona. Al que venciere, haré que sea una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá más de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias» ([Apoc. 3:11-13](#)).